



Tracy Sahib,  
Siervo de Cristo en la India

Por  
Olive G. Tracy

Editado por  
R. Franklin Cook

La historia de Leighton Tracy, misionero pionero en la India. Fue contada originalmente por su hija, Olive Tracy. Tracy Sahib, un siervo de Cristo en la India, es un testimonio de la fidelidad de Dios hacia los llamados a ir a los confines de la tierra. Franklin Cook creció en la India, y comparte profundos conocimientos sobre el subcontinente, sus culturas y su gente.

Eche un vistazo al contexto desafiante en el que entró Tracy, y descubra lo que se ha logrado allí desde que se publicó este libro por primera vez, en 1954.



Tracy Sahib,  
Siervo de Cristo  
en la India

Por  
Olive G. Tracy

Editado por  
R. Franklin Cook

**MNI 2019-20**  
**RECURSOS EDUCATIVOS MISIONEROS**

---

---

# Libros

TRACY SAHIB,  
SIERVO DE CRISTO EN LA INDIA  
*por Olive G. Tracy*  
*Editado por R. Franklin Cook*

SHIRO KANO  
Fidelidad a cualquier precio  
*por Alice Spangenberg*  
*Editado por Merritt Nielson*

LO QUE COMIENZA AQUÍ,  
TRANSFORMA EL MUNDO  
*por Debbie Salter Goodwin*

Tracy Sahib,  
Siervo de Cristo  
en la India

Por  
Olive G. Tracy

Editado por  
R. Franklin Cook



**MISIONES NAZARENAS  
INTERNACIONALES**

Copyright © 2019  
Nazarene Publishing House

Primera impresión, 1954

Segunda impresión, 1990, revisada y resumida por Helen Temple

Tercera impresión, 2018, revisada y actualizada por R. Franklin Cook

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente publicación, su almacenamiento en un sistema de recuperación de datos o su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el previo consentimiento por escrito del editor. La única excepción son citas breves en revistas impresas.

Diseño de portada: Darryl Bennett  
Foto de portada: Archivos Nazarenos  
Diseño de interiores: Darryl Bennett

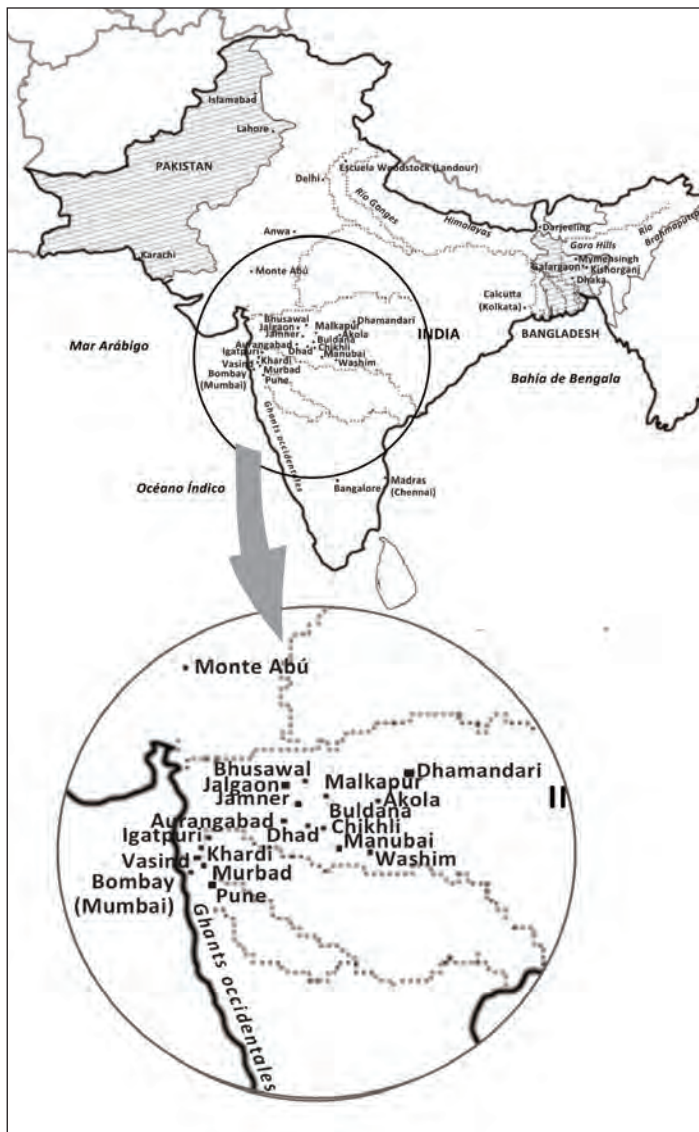
# Índice

Nota sobre el editor	6
Preludio: Un subcontinente espléndido	9
Introducción de Olive	15
Capítulo 1	
Ahora pues, ve	17
Capítulo 2	
Pero yo y mi casa serviremos a Jehová	23
Capítulo 3	
Serás como huerto de riego	31
Capítulo 4	
No me enviasteis acá vosotros, sino Dios	39
Capítulo 5	
Aun en la arada y en la siega, descansarás	49
Capítulo 6	
Mirad, yo os he entregado la tierra	61
Capítulo 7	
Sembraréis la tierra	69
Capítulo 8	
Había en mi corazón como un fuego ardiente	83
Capítulo 9	
Mis ojos pondré en los fieles de la tierra	97
Capítulo 10	
Voz de júbilo y de salvación	111
Postludio: Un sacrificio espléndido	119
Una iglesia en crecimiento	125
Manos a la obra	129

# Nota sobre el editor:

El Dr. R. Franklin Cook ha realizado un trabajo magistral para actualizar el libro *Tracy Sahib de la India*. Los abuelos de Cook, el Presbítero Frank y Ruby Blackman, llegaron como misioneros al sector noreste del subcontinente indio, y trabajaron en Kishoreganj, ahora parte de Bangladesh. Frank Blackman murió de viruela tras servir la Santa Cena a un marinero en Calcuta, en 1925. La hija de Blackman, Orfa, regresó a los Estados Unidos y se casó con Ralph Cook. Regresaron a la India en 1935, como misioneros en Buldhana, Maharashtra, con Franklin, quien solo tenía diez meses de edad. Franklin Cook creció en la India, y aunque se fue de ahí cuando tenía 16 años, la India siguió siendo una influencia formativa en su vida. En 1989, se nombró a Cook director regional de la Región Eurasia, que felizmente incluía al subcontinente indio. Su perspectiva histórica, su perspicacia y su amor por la India, ayudaron a la iglesia a crecer y madurar. Nadie está mejor preparado para revisar este libro, que él.







# Preludio: Un subcontinente espléndido

“Oh, el Este es el Este y el Oeste es el Oeste  
y nunca se encontrarán,  
Hasta que la Tierra y el Cielo estén de pie ante  
El gran tribunal de Dios”.

Rudyard Kipling

John Kenneth Galbraith, estimado ex-embajador de Estados Unidos en la India, a menudo describió este país como una “anarquía funcional”.

Sería difícil encontrar una descripción más adecuada. Una persona que visite la India por primera vez, se verá abrumada por el caos del lugar. Parece que no hay un orden, ni un sistema, ni un patrón. Todos los camiones, automóviles y vehículos de tres ruedas, encuentran su propio camino en medio del tráfico. Las calles dan cabida tanto al tráfico vehicular, como a los perros y las vacas callejeras. Al lado de las calles se encuentran los comerciantes: la India está formada por millones de comerciantes emprendedores. Los letreros, en una variedad de idiomas, incluido el inglés de la India, se pueden ver en todas partes. Uno podría escuchar el llamado a la oración de los musulmanes, o las campanas del templo hindú. Y las bocinas, siempre las bocinas; todos

los conductores se sienten obligados a tocar las bocinas sin parar. Es la anarquía total.

Pero es funcional. A menudo le decía a los que visitaban la India por primera vez, generalmente sentados y aterrizados en la parte trasera de un taxi, que se relajaran. “Realmente hay un sistema, y funciona”. De verdad. Uno de los milagros de la India, es que una nación formada por una variedad asombrosa, casi imposible de calcular, funciona. Es una “anarquía funcional”.

Rudyard Kipling fue quizás el escritor más conocido de su generación, a finales del siglo XIX y principios del XX. Su padre había trabajado en la India como funcionario durante casi 30 años, y Rudyard pasó los primeros 6 años de su vida allí, durante el apogeo del dominio colonial por parte de Gran Bretaña. Más tarde, Rudyard pasó otros 6 años viviendo y trabajando en la India. El impacto de la cultura fue tan profundo en su vida, que influenció todos sus escritos posteriores. Escribió bestsellers de clase mundial como “Kim” y “El libro de la selva”. Por estas y muchas otras obras, Kipling recibió el Premio Nobel de Literatura en 1907.

Una observación memorable que hizo Rudyard Kipling fue: “La primera condición para entender a un país extranjero, es olerlo”. Por muy divertido que parezca, es cierto. Y la India le presenta a cualquier visitante una sofocante variedad de olores. El polvo, el curry y las especias, la fragancia de la prímula del Ganges, el loto, el jazmín, el hibisco y las exóticas plumerias. Incluso el olor corporal en la India tiene una acritud única. Ningún lugar en la tierra puede presentar la variedad de olores que la India presenta.

Es interesante observar que la vida de Rudyard Kipling en el transcurso de la historia, es muy similar a la del personaje de este libro, L. S. Tracy. Por lo tanto, las observaciones hechas por Kipling sobre la India, fueron aquellas que Tracy reflejó con precisión en sus caminatas por la zona a partir de 1903.

Con frecuencia, yo le recordaba a los visitantes que, independientemente de su idea preconcebida de la India, era casi seguro que estuvieran equivocados. Muchos de ellos esperan la pobreza universal. Pero la India tiene una riqueza increíble. Muchos esperan polvo y desierto. Pero la India tiene las montañas más impresionantes y más altas del mundo. Y exuberantes campos tropicales de arroz y cocos. Muchos esperan carretas tiradas por bueyes y búfalos, pero la India tiene algunas de las industrias de alta tecnología más increíbles del mundo. Algunos piensan en curry caliente; sin embargo, la India tiene cientos, quizás miles, de variedades de alimentos con especialidades regionales. Los menús con frecuencia desglosan los alimentos según la cocina del sur o norte de la India. Sí, casi todas las ideas preconcebidas son erróneas, de una manera u otra.

India es una tierra de números astronómicos. Apañados en una masa de tierra de un tercio del tamaño de los Estados Unidos, en una proporción de 1,180 personas por milla cuadrada, actualmente son casi 1.4 mil millones de personas, 18% de la población mundial. Y si se toma<sup>2</sup> la India antes de la “partición” (incluidos Pakistán y Bangladesh), aumentará el tamaño de la población a aproximadamente 1,800 millones de personas. La proyección de crecimiento de la población, es que la India actual superará a China en población para el año 2050.<sup>3</sup>

Casi cualquier otro número citado en el contexto indio es grande, ya sea el volumen de basura o la diáspora india en todo el mundo. Teniendo en cuenta que la edad media en el país hoy en día es de 27 años, y lo que se considera la “clase media” de los nuevos consumidores urbanos y educados, es de alrededor de 400 millones, la India es una fuerza a tener en cuenta en el mundo.

India tiene el mayor número de grupos étnicos del mundo. Tiene 18 idiomas reconocidos (sin incluir el inglés, que es de facto la *lengua franca*<sup>4</sup> del país), además de cientos de dialectos. Tiene una amplia gama de partidos y actitudes políticos, desde el nacionalismo hindú hasta el secularismo de su constitución.

La India es un paraíso para los fotógrafos. La belleza de sus niños, el brillo de sus ojos, el deslumbrante dorado y el color del atuendo femenino del sari, la singularidad del dhoti que usan muchos agricultores, los pantalones de diseñador usados por la juventud urbana, las joyas de una de las naciones más ricas en oro y plata de la tierra, la mayor cantidad de películas producidas por cualquier país en el mundo de lo que comúnmente se conoce como Bollywood, los cientos de canales de televisión, la prolífica producción de poesía y música, la complejidad de los medios de comunicación nacionales en un país de muchos idiomas. Todo esto es el Esplendor del Subcontinente.

El mundo al que Leighton Tracy llegó como joven misionero, en 1903, era la India. El toque del clarín del Evangelio impulsó a muchos jóvenes a dedicar sus vidas a China, África e India (los “objetivos” primarios para los

misioneros del siglo XIX). Ellos llevaron consigo pasión, tenacidad y sacrificio. Dieron sus vidas, sufrieron oposición, dificultades, privaciones y, por lo general, una abyecta falta de recursos.

En 1954, se le pidió a Olive Tracy, hija de L. S. Tracy, que escribiera las memorias de su padre. Usó como fuente primaria a su madre Gertrude, cuyos recuerdos tenían los colores del tiempo y la experiencia. La propia Olive había forjado una carrera importante como ejecutiva corporativa para CBS (Columbia Broadcasting System), y aplicó sus habilidades al texto que se encuentra aquí. El amor por su padre es obvio. Hemos elegido dejar, en su mayor parte, el texto tal y como lo escribió Olive. Tal vez le parezca que las frases son anticuadas y rebuscadas, pero provienen de su tiempo y contexto.

El mensaje es claro. Cualquiera que sea la vida misionera de hoy, y cualquiera que sea la iglesia hoy, está construida sobre la sangre de los mártires y la filosofía de estos pioneros indomables. La India a la que Tracy llegó en 1903 (con una carrera que duró los siguientes 30 años) estaba en el apogeo de la era colonial, cuando India (incluyendo Pakistán y Bangladesh) era la “Joya de la Corona del Imperio”. De hecho, el título del monarca británico era un nombre seguido de las palabras “por la Gracia de Dios, de Gran Bretaña, Irlanda y los Dominios Británicos más allá de los mares, Rey, Defensor de la Fe, Emperador de la India”. Entonces, Tracy entró a la India como parte del Imperio Británico, y esto se puede observar en varias referencias en el texto.

Las denominaciones protestantes en la India idearon un sistema llamado *cortesía*, por el cual se asignaron áreas geográficas a cada grupo. Así, las tres áreas en las que trabajaba la Iglesia del Nazareno (Este, Centro y Oeste) habían sido asignadas bajo el sistema de cortesía. El propósito, por supuesto, era reducir la confusión y la competencia; pero el resultado fueron mezclas muy extrañas, como indios que pertenecían a la Iglesia de Escocia, o luteranos o metodistas según la geografía, en lugar de la teología o la elección. Si usted era cristiano, era esto o aquello.

Los tiempos eran diferentes, pero la causa, la misma. Es decir, llevar la paz y el mensaje de Jesús a quienes vivían en tinieblas espirituales en una de las naciones más religiosas de la tierra. Y establecer una iglesia nativa que pudiera llevar a cabo la tarea de evangelización. Estos misioneros pioneros hicieron lo mejor que pudieron con el conocimiento, el contexto y los recursos que tenían a su disposición.

Lea con comprensión y compasión, y deje que sus ojos se abran con la vida y obra de Tracy, siervo de Cristo en la India.

R. FRANKLIN COOK



# Introducción de Olive

“No sé muy bien cómo hacerlo”, le dije a mi madre, mientras nos sentábamos y hablábamos sobre la tarea de crear este libro. “La comisión ha pedido una reseña de la vida y obra de Papá en la India. Pero hay muchos otros además de él: todos los misioneros de su época y posteriores a él, la iglesia india, los socios de Papá de otras misiones. Y la familia: tú, la Abuela, Martha y Phil, y supongo que yo también. Es como el gran árbol de baniano que crece en Buldhana y se extiende sobre Stone Hall. Todo el árbol es la India, el campo de la misión, la obra realizada. Todos los que han ayudado en la obra son los troncos y las raíces aéreas que descienden y se extienden más y más lejos. ¿Cómo puedo decirlo todo?”

“No creo que puedas incluirlo todo”, dijo Mamá. “Lo mejor que puedes hacer, es hablar de nuestro pequeño ‘tronco del gran árbol’”.

Y aquí está: solo nuestra pequeña parte de este gran trabajo, con Papá (Tracy Sahib, como lo llamaban los indios) dominando y dirigiendo esta pequeña parte de la gran tierra que es la India.

—OLIVE TRACY



Pbro. Leighton S. Tracy



(De izquierda a derecha)  
Dr. Williams, Dr. Goodwin, Leighton Tracy, Gertrude P. Tracy



La familia Tracy

# Capítulo 1

Ahora pues, ve

Éxodo 4:12

Moisés y Papá eran almas gemelas. Había un vínculo que los unió desde el momento en que Papá comenzó a darle los argumentos de Moisés al Señor, y el Señor le repitió las mismas respuestas que le había dado a Moisés.

“¿Quién soy yo para que vaya...?” Papá contendió, citando Éxodo 3:11. El Señor no tomaría en cuenta sus diversos razonamientos. Simplemente guió los ojos de Papá hacia la página siguiente, al siguiente verso. “Ve, porque yo estaré contigo”, la promesa le gritó a Papá desde la página.

“Pero, pero...”, tartamudeó Papá, saltando al cuarto capítulo en busca de otro obstáculo. “Nunca he sido hombre de fácil palabra... soy tardo en el habla y torpe de lengua” (v. 10).

Ahí está, eso fue todo. Era cierto. De hecho, hubo una clara vacilación, un pequeño impedimento en su discurso.

Sin embargo, el llamado continuó llegando. Y Dios agregó: “Proclamarás Mi evangelio más en otra lengua, que en tu buen inglés canadiense”.

He escuchado a Papá contar esta historia muchas veces. Su lengua no solo captó las complejidades de otro idioma, de modo que hablaba maratí con fluidez y entendía bengalí, hindustani y un poco de sánscrito, sino que también se identificó con la gente, y llegó a pensar y sentir tanto como ellos.

---

## **Moisés y Papá eran almas gemelas. Había un vínculo que los unió...**

---

Un domingo por la mañana, cuando Papá tenía 10 años, conoció a Dios en una pequeña iglesia Bautista Reformada en Hartland, New Brunswick, Canadá. Tenía 16 años cuando buscó y encontró la experiencia de un corazón limpio en un campamento en el mismo New Brunswick.

Era difícil encontrar trabajo en esos años. Papá aceptó la invitación de un cristiano para ir a trabajar a Haverhill, Massachusetts, en los Estados Unidos.

A lo largo del río Merrimack, en Grandview Park, a un corto trayecto en tranvía desde Haverhill, se organizó una nueva reunión de campamento. Papá ayudó a construir un dormitorio, un comedor y un tabernáculo. Asistió a los servicios varias veces.

En agosto de 1901, Papá le escribió a su madre:

“Querida madre, asistí a la reunión del campamento los últimos tres días. Desde que estuve allí, el Señor cambió mi vida, alteró todos mis planes y me dio otros nuevos.

Un día, la esposa de H. F. Reynolds habló sobre la escuela en Saratoga Springs, Nueva York, e inmediatamente se creó un deseo en mí de ir allá. Le dije al Señor que si Él quería que yo predicara y me iba a ayudar a estudiar, lo hiciera de una manera tan clara que no pudiera confundirla. El sábado, el director de la escuela llegó al campamento. El Señor me dijo: ‘Deberías ir a esa escuela’.

Pero yo le dije: ‘Señor, no tengo dinero’.

Entonces vino la pregunta, ‘¿Irás si abro camino?’

Le dije: ‘Sí, Señor, si abres camino y vienes conmigo, y dejas tan en claro, que no puedo confundirlo, iré’.

Después del servicio, le pedí a algunas personas que se quedaran conmigo y oráramos por ello. Estaba tan quebrantado que no podía hablar. El Espíritu Santo estaba allí con gran poder. Después de un rato me tranquilicé y le conté todo a Dios.

Mientras oraba, las personas a mi alrededor comenzaron a abonar dinero para mi educación. Cuando terminé, se habían prometido \$110 dólares estadounidenses; y al mismo tiempo, tuve el claro testimonio de que Dios quería que yo fuera. ¡Gloria a Dios!

Los estudios de un año costarían \$125 dólares, incluyendo el alimento, el lavado, la matrícula, una habitación alfombrada, el combustible, la luz, el uso de la biblioteca, la sala de lectura, etc. Por lo tanto, me faltan \$15 dólares. Eso no incluye mi pasaje para allá, unos \$7 dólares de libros, o ropa. Tendré que proveer mis propias toallas, servilletas, escoba, recogedor, una colcha, un edredón, tres sábanas, dos pares de fundas de almohada, un cuchillo y un tenedor, una cuchara pequeña y una grande en caso de enfermedad.

Tal vez piense usted que me precipito al ir allá, pero no soy yo, es Dios. No elegí el llamamiento, sino que Él me llamó, y no me *atrevo* a desobedecer.

Salgo para Saratoga Springs el próximo miércoles, 10 de septiembre, y confío que Dios proveerá el dinero. No le voy a preguntar si puedo ir. Dios me ha llamado, sin lugar a duda, y no tengo derecho a pedirle nada (lo digo con reverencia), pero le pido a usted y a la gente que me ayuden con sus oraciones y su dinero, si pueden”.

En las cartas a su madre durante ese primer año, Papá escribió no solo de sus esperanzas y aspiraciones, sino también de las privaciones de los estudiantes, las frías habitaciones, la avena y el maíz molido para el desayuno, las inevitables papas con carne y el budín para la cena. Se preguntó si debería tomar clases de piano; costaban 25 centavos extra por lección. Mi madre me dice que finalmente tomó algunas, pero nunca aprendió mucho; sencillamente, no era lo suyo. Ella lo sabe muy bien, era su maestra.

Papá le contó a su madre que había parchado sus viejos pantalones marrones con demasiada frecuencia, pero que la Madre Perry, con sus rápidos y experimentados dedos y su seda marrón, había manipulado su sacrificado chaleco para convertirlo en una obra de arte, y casi nadie adivinó cómo sus pantalones se volvieron tan milagrosamente duraderos. La Madre Perry era decana, enfermera, consejera, ama de llaves y “madre” para todos los chicos y chicas solitarios, que estaban lejos de casa.

Ese primer año en el pequeño instituto fue duro. Papá trabajó allí durante el verano, cuando los invitados de la temporada ocupaban el edificio. Trabajaba largas horas, y un día lo encontraron en la capilla donde estaba su camastro, orando de rodillas, pero profundamente dormido.

Ese invierno, en Saratoga Springs, Papá estaba un día en la antigua sala de calderas, donde alimentaba los hornos de carbón de la escuela. Estaba orando solo, reiterando su consagración y poniendo todo su futuro en manos de su Dios. A cambio, recibió una bendición abrumadora. Su vida se extendió por delante brillando con promesa.

Y luego, en un servicio de capilla extraordinariamente conmovedor, ¡llegó otro encuentro muy especial con Dios!

En una carta a su madre, fechada el 15 de enero de 1902, escribió: “Ahora le voy a decir algo que podría sorprenderla. El viernes pasado por la mañana, en el servicio de capilla, Dios me dio un llamado claro y definido a la India.<sup>5</sup> Me arrodillé para saber si era la voz de Dios y me vino tan claramente, que el diablo no puede arrancarla de mí. Sentí el poder del Espíritu Santo como nunca antes. Dios quiere que esté bien preparado, así que me quedaré aquí los siete años, espero, y luego entregaré mi vida al campo misionero”.

*¡El llamado!* No había coerción, ni un soborno deslumbrante, ni el romance o atractivo del trópico. Sobre la cortina de niebla del futuro se destacaba solo una cosa, lo único que a menudo se mantenía solo frente a la oscuridad idolátrica en los años venideros: *el llamado*, claro, grabado de manera brillante y con las promesas: “Ahora pues, ve, y yo estaré con tu boca, y te enseñaré lo que hayas de hablar” (Éxodo 4:12), y “Yo estaré contigo” (3:12).





# Capítulo 2

## Pero yo y mi casa serviremos a Jehová

Josué 24:15

Bien pudo haber sido el plan original de Dios que Leighton Tracy permaneciera en la escuela los siete años de preparación, prescritos para la adaptación a su trabajo misionero. Pero la escuela no duró tanto tiempo, hubo desarticulaciones en sus filas. Parte del personal clave deseaba ser independiente; otros querían permanecer en la Junta General Pentecostal.<sup>6</sup> Aquellos que decidieron quedarse con la Junta dejaron Saratoga Springs y se mudaron a North Scituate, Rode Island, en Estados Unidos y se autodenominaron: Pentecostal Collegiate Institute. Con este grupo fue mi abuela, “Madre” Ella Winslow Perry, y su hijo e hija, Ernest y Gertrude, ambos maestros. Ellos, junto con otros, prepararon los edificios en el verano y el otoño de 1902. Armados con cubos y trapeadores (mopas), papel tapiz, brochas y pintura, pulieron las antiguas habitaciones de la escuela normal abandonada que habían comprado; arreglaron las chimeneas, orientaron las aulas, cocinaron las primeras comidas y abrieron las puertas a los pocos estudiantes que se inscribieron.

El joven Leighton Tracy no fue uno de ellos. Profundamente decepcionado e indignado por los acontecimientos en Saratoga Springs, tomó su vieja corneta de bronce y se unió a un grupo llamado Bandas Pentecostales. Durante unos meses, viajó con una de estas bandas en reuniones evangelísticas. Luego, su necesidad de preparación para el trabajo de su vida lo apremió de nuevo, y en el invierno de 1904 fue a North Scituate y reanudó sus estudios.

Durante esa misma temporada, Martyn D. Wood y su esposa, Anna, visitaron el campus del Pentecostal Collegiate Institute. Habían llegado de la India para recaudar dinero y reclutar personal para ayudar en su obra. Habían ido a la India 11 años antes, con el apoyo de la Alianza Cristiana y Misionera, habían cambiado las afiliaciones de su iglesia una o dos veces desde entonces, y estaban trabajando actualmente en la recién formada Asociación de Iglesias Pentecostales de América, dirigida por H. F. Reynolds.

M. D. Wood tenía una pequeña misión, primero en Igatpuri, cerca de Bombay,<sup>7</sup> y luego en Buldhana, en la provincia de Berar, en el centro de la India. En sus tres hectáreas había un orfanato para las víctimas de la hambruna de 1897, junto con tres búngalos, y esperaban construir un hospital. Los ayudantes eran muy necesarios.

¡Fue todo un desafío! En el instituto, cuatro se sintieron apremiados para irse con otros que Wood había reclutado: Leighton Tracy, estudiante; Julia Gibson de Saratoga Springs, que acababa de graduarse; Gertrude Perry, maestra de inglés; y la Madre Perry, decana de mujeres, ama de llaves general y enfermera con conocimientos generales.

En noviembre de 1902, Ernest Perry, hermano de Gertrude, se ahogó en un accidente de canoa. El pequeño seguro recibido después de su muerte proporcionó el camino para que la Madre Perry y

Gertrude se unieran al grupo, y se fueran a la India. La Madre Perry pagó su pasaje y el de su hija, y depositó en la asociación otros \$200 dólares, para garantizar el pasaje de vuelta a casa si su salud se deterioraba en un lapso de dos años.

Dos meses antes de la fecha pactada para que el grupo saliera, llegaron noticias de la India, indicando que las cosas no iban bien allá.

El 2 de julio de 1904, desde el muelle de la compañía naviera alemana Norddeutscher Lloyd (North German Lloyd) en Nueva York, los futuros misioneros coincidieron en que era un día hermoso. Se habían despedido de la Iglesia Pentecostal de Utica Avenue, en Brooklyn, la noche anterior. Ahora estaban parados a lo largo de la barandilla de la nave, agitando sus pañuelos a sus seres queridos y amigos reunidos en un nudo al final del muelle. Papá tomó su corneta y se la llevó a los labios. A través del agua que se ensanchaba, tocó su canto lema: “Where Jesus Is, Tis Heaven There (Donde está Jesús, está el cielo allí)”.

Los misioneros echaron otro vistazo a la ciudad detrás de ellos, que representaba su hogar, lloraron un poco cuando vieron cómo la Estatua de la Libertad parecía deslizarse, se secaron las lágrimas y luego fueron a la proa, miraron a través de los Estrechos y al mar. Apenas si había una onda en el océano. Observaron cómo el agua pasaba del verde al azul verdoso de la plataforma continental, y del azul al púrpura, y finalmente al negro-púrpura de las profundidades, moteado y vetado de blanco por la estela de los tornillos enroscados.

En Génova, Italia, se pasaron al transatlántico italiano *Balduiono*. Montones de equipaje para trasladar, siete mujeres y tres niños para atender, y solo dos hombres para hacer el trabajo pesado. Fue una aventura emocionante, se dijeron los tres adultos más jóvenes: Julia Gibson, Gertrude Perry y Leighton Tracy. Se quedaron hasta tarde

y observaron cómo la luna brotaba del Mediterráneo hecho joya, inventaron poemas absurdos sobre ella y de ellos mismos, se echaron a reír y se sintieron felices.

Fueron de compras en Génova, caminaron por las ruinas de Pompeya y compraron sus gruesos cascos de corcho<sup>8</sup> en Adén.

Debieron haberse encontrado con toda la fuerza de la lluvia monzónica del Océano Índico, pero solo hubo una lluvia ligera. Solo un tercio de la lluvia necesaria para alimentar a la India cayó en la temporada de monzones. Hasta más tarde, los nuevos misioneros se dieron cuenta del significado completo de esto.

Era el 5 de agosto de 1904 y esta era la India. Todo llevaba un halo de belleza. Allí estaba la isla de Bombay, y su nave hizo sonar sus anclas en el canal porque había marea baja. Desde el muelle salían los botes transbordadores de remos, con M. D. Wood a bordo de uno de ellos. Todos ellos llegaron a tierra en la pequeña coraza. Había montañas de equipaje para ordenar. Contaron, verificaron y encontraron que una de las maletas de Perry había desaparecido. Pasaron cuatro meses antes de que los Perry pudieran tener sus nuevos zapatos y rollos de tela para ropa nueva.

Dos días de compras terminaron cuando abordaron el tren a las siete de la tarde para un viaje nocturno hacia el interior. Encontraron cinco bancos estrechos para siete mujeres y tres niños. Los anteriores habitantes entraban y salían libremente.

Durante toda la noche se balancearon sobre las empinadas montañas de los Ghats Occidentales. “Durmieron” inclinándose, deslizándose, acalambrados y adoloridos, toda la noche. Luego, hubo un chirrido de frenos cuando el tren se catapultó hasta detenerse repentinamente. A través de las persianas de la ventana, los misioneros vieron a los culis<sup>9</sup> apresurados en la plataforma, y luego las sonrisas

y los saludos de los amigos de los Wood, que habían ido a darles la bienvenida, ahora que estaban de regreso en la India. Hubo presentaciones, noticias rápidas lanzadas de un lado a otro, almuerzos a través de una ventana o puerta abierta (sándwiches, huevos duros, mangos maduros), luego una sacudida, ruedas en movimiento y voces de despedida que desaparecían en la distancia.

A las seis de la mañana, cambiaron de tren en Bhusawal, y dos horas más tarde llegaron a la pequeña plataforma de Malkapur, la estación de la misión Buldhana. Los bocadillos que les dieron durante la noche se usaron para el desayuno. Tongas y carretas esperaban. Un tonga es un vehículo de dos ruedas, jalado por un par de bueyes o ponis. Tiene una buena cobertura contra el calor del sol y, aunque no es lujoso, los asientos tienen resortes y cojines. En cada tonga caben cuatro personas, dos mirando hacia adelante y dos mirando hacia atrás.

Los tongas de correo<sup>10</sup> fueron los más rápidos y cambiaban de ponis cada 11 a 16 kilómetros. La familia Wood tomó el tonga de correo, los otros subieron a los tonga de la misión y los tres jóvenes se fueron en la carreta de la misión.

Las carretas de la India son una maravilla. Se han desarrollado poco desde las oscuras brumas de la historia más antigua de la humanidad, cuando algún inventor progresista encontró o hizo un disco redondo por primera vez y lo hizo rodar por el suelo, llamándolo rueda. Uniendo dos con un eje, agregando una plataforma y una barandilla ligera, una lengüeta con un asiento para el conductor, y dos bueyes jorobados; así es como la carga de este gran subcontinente corre a lo largo de sus caminos. A pesar de los aviones, ferrocarriles, carreteras pavimentadas, automóviles y autobuses, la carreta de bueyes sigue ahí<sup>11</sup>, es confiable y está disponible para todos los que tengan tiempo.

Los jóvenes tenían tiempo. Salieron de Malkapur alrededor de las nueve de la mañana, y llegaron a Buldhana a las seis de la tarde. Y en esos 45 kilómetros aprendieron un poco de la India, y mucho sobre carretas de bueyes.

La carreta de la misión no tenía asientos. Había dos almohadas delgadas de algodón y un cojín con algunos resortes débiles. Siempre que el conductor podía asustar a los bueyes para que corrieran repentinamente, las chicas gritaban y rebotaban, y los sombreros salacot iban saltando y se les caían. Las horquillas que les sujetaban el cabello volaron por todo el piso de la carreta y terminaron perdiéndose en el equipaje y dispersas en la carretera. Y el conductor miraba hacia atrás y sonreía.

Los misioneros contemplaron la belleza de los árboles y los setos en flor, los campos de algodón y grano, y la jungla verde. Se percataron de que, dispersas por todas partes, había pequeñas chozas de barro gris y templos, ídolos y personas. También hubo fiebre y cólera, peste y lepra, y mal de todo tipo. Sus jóvenes corazones anhelaron una ardiente llama de amor del Maestro, y mientras corrían, oraron por estas personas.

Y cantaron, creyendo cada palabra:

*Más lejos el camino se hace más brillante;*

*Cuenta los logros uno por uno:*

*Jesús nunca me abandonará,*

*Es mejor más adelante.*

En ese momento, la carreta cruzó el río Vishwaganga, y comenzó a subir hasta el nivel de los casi 670 metros de la gran meseta del centro de la India, en el extremo norte de la cual se encuentra la ciudad de Buldhana. Y luego, se encontraron en la misión. La puerta de hierro, instalada en la lámina corrugada de la valla compuesta, se abrió

de golpe; Elmer Burgess, que había ido antes a la India, les hizo un gesto de bienvenida con la mano. Los niños huérfanos, aplaudiendo y gritando, se alineaban en el camino de entrada. Cuando los misioneros salieron del carro, con sus cuerpos rígidos por el viaje, llegaron dos niñas pequeñas, tímidas y sonrientes, llevando flores, con las que toda la India recibe a sus huéspedes y a sus hijos.

Leighton Tracy miró a su alrededor, estiró sus piernas largas y acalambradas, y agradeció a Dios porque esta sería su tierra, su trabajo, su vida. En ese momento, el llamado era algo vivo, claro y resplandeciente. Estaba a ocho días de cumplir 22 años.





# Capítulo 3

## Serás como huerto de riego

Isaías 58:11

Buldhana era la principal ciudad del distrito. Incluso, en 1901, contaba con 4,173 ciudadanos. Más de 3,000 eran hindúes; unos 800 eran musulmanes, y había 114 cristianos.<sup>12</sup> El juzgado y la cárcel estaban al otro lado de la misión. Había filas y filas de casitas grises y tiendas, con césped que crecía desde los techos planos.

Cerca de la misión se encontraba una posada para caravanas.<sup>13</sup> Una de las rutas de caravanas pasaba frente a nuestra puerta principal. Recuerdo cómo oíamos las pisadas acolchadas de los camellos de patas suaves, medidas con cadencia en el tintineo hueco de las campanas de hojalata, mientras las bestias, grandes y cargadas, se balanceaban.

Buldhana tenía un hospital gubernamental para los indios. Sin embargo, mi hermana Martha y yo nacimos en Stone Hall, en la misión, y el médico del hospital de la ciudad fue y atendió nuestros nacimientos. Dado que las bebés no son consideradas muy importantes en la India, el empleado de la corte que hizo nuestros certificados de nacimiento, se negó a escribir nuestros nombres. Por eso, Martha y yo hemos tenido problemas para probar legalmente que nacimos.

Recuerdo el enredado modelo del bazar: cargado de almizcle y sándalo mezclado con cuerdas de pescado seco, el olor a heno dulce y humo de estiércol, las carretas inclinadas y los animales calientes, las maltratadas pesas de hierro colocadas en una bandeja de las balanzas de latón con el grano amontonado en la otra, el comerciante de brazaletes que forzaba las coloridas pulseras de cristal sobre los nudillos apretados, las pilas de objetos de latón resplandeciente, los ídolos de seis brazos en filas y el indescriptiblemente agudo olor a tela que pica las fosas nasales.

Buldhana tenía oficinas de correos y telégrafos, un hotel, un cementerio, escuelas públicas para niñas y niños, una escuela secundaria y un sistema de agua con seis tanques que se distribuían a través de tuberías de quince centímetros a 53 conexiones privadas y 30 puestos de apoyo, con un suministro diario autorizado de 40 000 galones cada 24 horas.

Una de estas tuberías estaba en el complejo de la misión. El agua corría en dos tinas de madera conectadas por una tubería, y reverdecía con un crecimiento resbaladizo. El desagüe se desbordaba en una compuerta abierta, y corría hacia el jardín. No podíamos beber esta agua hasta que estuviera completamente hervida. Luego se metía en grandes tinajas de barro cubiertas, que estaban en el lugar más fresco del porche de Stone Hall, lista para cualquiera que quisiera tomarla. Un cazo de esmalte maltratado y astillado colgaba en el costado del estante que contenía los frascos, y el líquido tibio e insípido era todo lo que conocía como agua potable. La única vez que supo bien fue en la temporada fría, cuando el viento soplaba alrededor de los frascos por la noche.

La precipitación promedio en Buldhana era de casi 810 milímetros. Pero en 1904 las lluvias no habían llegado. Para el otoño, era

evidente que habría una escasez de agua. Se dictaminó que el flujo de agua de la ciudad a la misión se detendría el 15 de septiembre. También se determinó que la lechería de 23 búfalos y la escuela misionera para niños, debían trasladarse fuera del municipio.

La lechería había comenzado a dar empleo a los cristianos. Cuando los hindúes se convirtieron al cristianismo, fueron expulsados de sus aldeas. No tenían a dónde ir, ni cómo ganarse la vida. Papá era el granjero del grupo misionero. Se le asignó hacerse cargo de la lechería.

Cuando se le entregó a M. D. Wood el edicto de evacuación, la misión se puso en oración. Se reunieron en la terraza de la casa de los Wood. Wood dirigió, los misioneros y los maestros oraron, y luego algunos de los niños mayores oraron. “Lluvia, necesitamos tener lluvia, oh Dios... Lluvia... Los tanques están casi vacíos... Lluvia... Señor, responde enviando lluvia”. Oración elevada en oración, petición levantada en petición. Con ambas manos alzadas, apilaron un altar de oración, como Elías. Y cuando por fin salieron en la noche en busca de una respuesta, dos pequeñas nubes corrían ante el calor que caía sobre las estrellas del sur, y un ligero trueno surgió de la oscuridad. Antes del amanecer, ya estaba lloviendo. Durante seis días y noches, el agua arrasó, ola tras ola, hasta que sus gritos de alegría se convirtieron en gritos de: “Basta, Señor, suficiente”. Y cuando volvió a salir el sol, una alegre procesión fue hacia el gran tanque, para observar las salpicaduras del agua que desbordaba.

El suministro de agua de la ciudad no se interrumpió, pero la misión aún necesitaba terreno para los productos lácteos. Aproximadamente a dos kilómetros y medio de la misión, justo fuera de la línea divisoria de la ciudad, había un terreno de nueve hectáreas. Tenía tierra de agricultura y pastizal, y dos buenas fuentes de manantiales en el extremo inferior. Después de mucho regateo, ya que en

la India les encanta regatear, se decidieron por un precio aceptable para todos. Luego, los dueños mostraron sus ropas andrajosas, probablemente puestas para la ocasión, y pidieron un abrigo de regalo. Encontraron algunos abrigos viejos, fueron y se los dieron. Además, los misioneros les dieron un viejo búfalo desdentado. De este modo, se cerró el trato.

Esta granja se llamaba Dhamandari.<sup>14</sup> La Dhamandari es una serpiente. “Si el terreno se nombró en honor a una serpiente, hubiera sido mejor haberla llamado Tierra-nag”, dijeron los misioneros, porque la cobra, *nag*, abunda allí.

Papá era una buena opción para ir a la granja. Podía desarmar cualquier cosa y volver a armarla.

Rara vez hacía cosas solo para nuestro disfrute personal, pero entendíamos que era porque no había tiempo para nosotros. “El trabajo” siempre fue lo primero. Cualquier pieza de maquinaria o herramienta cobraba vida en sus manos. Hizo unas pinzas usando otras dos que estaban rotas. Arregló una brocha de afeitar, prolongando su vida útil durante varios años. En una ocasión, cuando no pudo conseguir cuero para arreglar sus zapatos, les puso suelas de hojalata. Desde que tengo memoria, ha estado en Stone Hall una caja de música grande y antigua. Estaba descompuesta, pero un día en que Papá tuvo unos minutos, pareció que solo la miró y comenzó a tocar de nuevo “Divina Luz, con Tu Esplendor Benigno”, tintineante y dulcemente.

La magia mecánica inteligente funcionaba muy bien, pero no se puede hacer nada sin las herramientas adecuadas, y no había ninguna herramienta en la misión cuando Papá llegó allí por primera vez.

“No podemos construir una granja, una lechería y una misión sin herramientas”, dijo Papá, y rápidamente dio a conocer sus

necesidades. Con el siguiente equipaje misionero llegaron martillos, una llave grande para tubos, sierras, tirantes y brocas, pinzas, un taladro, cinceles, hachas, limas, destornilladores, abrazaderas, niveles de burbuja, planos, mazos, brújulas, divisores, reglas, punzones, troqueles, tuercas y tornillos, hierro, cuero y herramientas de carpintería; y algún niño metió su pequeña sierra y su escuadra de juguete.

Pero en la granja, tenían que construir algún tipo de refugio, antes de que llegaran las maravillosas herramientas. Construyeron una estructura pequeña y redonda, de una habitación, de esteras de bambú con techo de hierba. Fue la casa de Papá, la lechería y el almacén de la misión. Papá se mudó allí dos días después de la Navidad de 1904.

Se construyeron cobertizos con techo de hierba, para albergar a los niños huérfanos. Los búfalos estaban atados al aire libre, rodeados con un cerco de espinas para desalentar a los merodeadores. Era un lugar salvaje y solitario. Constantemente había chacales, lobos y bandas de monos.

El 31 de diciembre de 1904, dedicaron la escuela para niños. Durante casi un año, Julia Gibson caminó dos kilómetros y medio desde Buldhana y luego de regreso, para dar clases de inglés a los niños.

Mientras tanto, la Madre Perry, su hija Gertrude y Priscilla Hit-chens, ayudaban en la escuela de niñas, cosiendo y enseñando. Los Davidson eran secretaria y tesorero, la Sra. Wood y la Sra. Barnes hacían trabajo médico y la Srta. Sprague y Elmer Burgess ayudaban a M. D. Wood en el evangelismo en las aldeas.

A principios de 1905, trasladaron a los Perry a Chikhli, 22 kilómetros al sur. Comenzaron una pequeña escuela, de aproximadamente media docena de niños, en un porche. Tenían las reuniones en su casa; había cabecitas que se asomaban por las ventanas, pero pocas entraban.

Un día, la esposa de un prominente comerciante musulmán se pinchó el dedo. Se le infectó y le causaba mucho dolor. La infección estaba muy avanzada, cuando el marido musulmán llegó pidiendo ayuda. La Madre Perry miró la mano inflamada, y corrió a casa para hacer una cataplasma. Todos los días la Madre Perry aplicaba nuevas cataplasmas. Oró fervientemente por la mujer. Y sucedió un milagro. Durante días, la mujer estuvo en agonía; luego, lentamente, se notó un poco de mejora cada día, hasta que el dedo se recuperó. La reputación de la misión y de los mem-sahibs *cristianos* se elevó, y Chikhli lentamente les abrió las puertas.

En septiembre, los Perry regresaron a Buldhana; Julia Gibson y Priscilla Hitchens se mudaron a Chikhli, y se llevaron consigo la escuela de niñas.

Durante el año siguiente, tres de los misioneros tuvieron que regresar a sus hogares, dejando nueve trabajadores.

En el umbral del nuevo año estaban Gertrude Perry y Leighton Tracy. O, mejor dicho, se sentaron en el asiento trasero del tonga de la misión, el 31 de diciembre de 1904, cuando la Sra. Wood y el conductor de enfrente, hicieron que los bueyes regresaran a casa después de una llamada médica de la aldea. No se necesitaron muchas sacudidas en el duro camino, para que el gran salacot de Leighton Tracy se deslizara por el borde de su regazo, de tal manera que cubriera la mano de Gertrude Perry. No fue exactamente extraño que, esa noche, Leighton le pidiera a Gertrude que lo acompañara a la puerta del complejo. “Salir” estaba mal visto en la misión. Tales cosas no se hacían en la India. Cosas tan serias, como el matrimonio, debían arreglarse a través de los padres o familiares, o agentes imparciales.

Sometiéndose a la costumbre prevaeciente, y en aras de la reputación, a los misioneros más jóvenes se les había prohibido “salir”

juntos. La orden añadía urgencia a su propósito. Leighton Tracy no esperó otra oportunidad para escabullirse a la puerta de hierro. Aquella noche prohibida, bajo la benevolente y pulida luna de cobre, hizo la pregunta. Y aunque la respuesta de ella tímidamente lo desanimó, el centelleo de la Cruz del Sur fue testigo de que su corazón estaba diciendo, sí.

Se casaron en septiembre de 1905, y se fueron a vivir a la granja Dhamandari.

“¿Qué recuerdas más claramente?” Le pregunté a mi madre casualmente.

“Las ratas”. Se rió. “La audacia de las enormes bestias no esperaba la noche, sino que casi nos hacía tropezar mientras trabajábamos durante el día. De hecho, masticaron una esquina de una botella de vidrio. ¡Y las chinches! Remojábamos trapos en queroseno, y los envolvíamos alrededor de las patas de los muebles para tratar de controlarlas. Nos deshicimos de ellas hasta que blanqueamos las paredes, el techo y el piso de cada habitación”.





# Capítulo 4

## No me enviasteis acá vosotros, sino Dios

Génesis 45:8

El gran avivamiento de Gales de 1905 encendió fuegos en todo el mundo. Saltó a la India y se extendió a través de todos los canales evangelísticos. Estalló en las dos comunidades cristianas de Buldhana, la Alianza Cristiana y Misionera, y nuestra propia escuela. Dejó a un grupo de jóvenes indios en nuestra escuela, fervientes, con los corazones en llamas, preparándose para difundir el evangelio de Jesucristo en esta sección de su país. Nuestra misión se encontraba al borde de una gran expansión.

En su lugar, se produjo un impacto tan contundente, que en casa se propuso seriamente que se cerrara el campo de la India.

Autodenominándose los “mayores”, porque antes habían estado en la India, M. D. Wood, la Sra. Wood y la Srta. Lillian Sprague, propusieron la independencia de cualquier junta directiva o comité con sede en otro continente.

Unas semanas antes, el Comité Misionero en su país, encabezado por el Reverendo H. F. Reynolds, había designado a tres de los misioneros para tomar decisiones finales e importantes para la misión de

la India. Los tres nombrados fueron M. D. Wood, Lillian Sprague y L. S. Tracy. Pero este arreglo no fue del agrado de M. D. Wood. Esto condujo al envío de una carta al Comité Misionero, fechada el 8 de noviembre de 1905, y con las firmas de los tres “mayores”.<sup>15</sup>

La carta hablaba de las llamadas urgentes recibidas por los Wood y la Srita. Sprague, para aceptar posiciones muy importantes con otra misión. “Si se acepta”, escribió Wood, “la Misión Pentecostal se quedaría muy desolada. Los trabajadores que no nos acompañen están, a nuestro juicio, completamente descalificados en cuanto al poder espiritual, experiencia y capacitación, para asumir los deberes que ahora nos corresponden. Si con el fin de obtener sus oraciones y apoyo, debemos ser gobernados y regulados por usted, entonces nos despedimos y buscamos la libertad perfecta en otros campos”.

La carta continuaba, indicando que si aceptaban su propuesta de ser el único responsable de tomar todas las decisiones, debía haber una “perfecta armonía” de parte de los misioneros; y si no era así, se les pediría a algunos que dimitieran.

Una carta posterior explicó las demandas de Wood: ningún salario para los trabajadores, un fondo general para los alimentos y lavandería, una casa, y \$6.50 dólares al mes para gastos.

Los cinco misioneros “menores”, sabiendo un poco de lo que estaba sucediendo, enviaron una carta al Comité Misionero, declarando su confianza en la junta local y el deseo de continuar bajo su liderazgo.

No había servicio de correo aéreo en esos días, obviamente, y los cablegramas eran demasiado caros. Se requirieron más de dos meses para que las cartas viajaran, y el comité convocara una reunión de emergencia el 21 de diciembre. A mediados de enero se recibió su respuesta en Buldhana, en una carta dirigida a L. S. Tracy, con una

carta adjunta para entregarse a M. D. Wood. Las dos cartas casi idénticas, contenían la aceptación por parte del comité de la renuncia de los tres “mayores”, sus salarios al 1 de febrero, y el nombramiento de L. S. Tracy como superintendente de la misión.

Mientras esperaban la respuesta del comité, trajeron a los Tracy de la granja, y los Wood, la señorita Sprague y la señora Barnes se mudaron a ella. La escuela de niñas se cambió de Chikhli a la granja, pero la señorita Gibson y la señorita Hitchens se quedaron en Chikhli, para hacer trabajo de evangelización. A principios de febrero, unos 10 días después de que los Tracy entregaran la carta del Comité Misionero, se despertaron una mañana para encontrar una caja de hojalata en el porche de Stone Hall. En ella había documentos de las propiedades de Buldhana y Chikhli, y unos 75 centavos de dinero indio. Había una nota de despedida, que explicaba que esto era todo lo que quedaba después de pagar las facturas.

Los Tracy se apresuraron a la granja. No había misioneros, ni maestros, ni alumnos, ni búfalos, ni productos lácteos. Con excepción de un predicador local, el resto del personal y bienes muebles habían desaparecido. Los Tracy cayeron de rodillas, estupefactos y casi sin poder orar. Fuera de la conmoción y el caos, el llamado de Dios vino de nuevo, claro e incuestionable. ¿Ir a casa y admitir el fracaso? ¡No! ¡Continuar, de alguna manera, con la ayuda de Dios!

Los días que siguieron a este trágico suceso fueron confusos e inverosímiles. Los Tracy se pusieron en contacto con las dos damas en Chikhli, enviaron un cablegrama al Comité Misionero en casa, y tuvieron interminables conferencias.

“Las misiones en sus primeros días”, declaró Papá, pragmáticamente, “tienden a ser fortuitas. Pueden abrirse prematuramente; pueden enviarse misioneros que no han sido probados; las finanzas

pueden llegar espasmódicamente. Se necesita una visión profunda, una planificación económica cuidadosa, una política sólida y un buen sentido comercial. No tenemos escuelas, ni predicadores, ni trabajadores, por lo que el programa educativo, las industrias lecheras y otras industrias son imposibles. Como yo lo veo, todo lo que queda por hacer ahora es evangelizar y llegar a la gente. Podemos acercarnos a tres metros de los paganos y no alcanzarlos, y ser tan culpables como si nos hubiéramos quedado en casa a 1,600 kilómetros de distancia. Evangelizar primero y educar después, cuando podamos, ¡primero lo primero!»<sup>16</sup>

Otras misiones llevaban a cabo giras en diferentes partes de la India. Papá no tardó en ver las posibilidades de este método para ir directamente a la gente.

Ir de gira es salir por un tiempo para vivir en las aldeas. En el fresco del año, hacia finales de noviembre, después de que terminan las lluvias y el clima se torna agradable, los misioneros recogen sus carpas, utensilios de cocina, alimentos, artículos para el hogar, niños y cocineros, y salen a acampar. Viajan en carretas de bueyes y tongas. Una vez que se establece el campamento en una ubicación central, los evangelistas se extienden hacia las aldeas o ferias más cercanas y realizan servicios de evangelización. Predican, enseñan, regalan tratados y venden Biblias por una pequeña fracción del costo real. Aquellos oyentes que muestran un interés por escuchar más del evangelio, son invitados a una reunión de preguntas que se realiza más tarde en una ubicación central. En estas reuniones, algunos de ellos se convierten genuinamente.

Como en cualquier país extranjero, la barrera del idioma era difícil de superar. De todos los idiomas de la India, el maratí, el idioma de nuestra área, es el más cercano al sánscrito original. En lugar

de cinco vocales, como el inglés, el maratí tiene 16. En lugar de 21 consonantes, tiene 48. En total, hay más de 200 caracteres que aprender. Un sustantivo tiene ocho casos; un verbo, cuatro métodos de concordancia; y hay 17 tiempos. Los misioneros aprendieron que el *ganso* es una rata; *los ratones*, son un búfalo hembra; y un *tipo*, es leche. Se cometieron muchos errores risibles cuando los misioneros batallaban por dominar el maratí. Las lecciones que se empezaban, pronto se suspendían cuando faltaba dinero. Tenían que aprender por su cuenta. Se envió dinero para comprar un par de bueyes, y un regalo de bodas para los Tracy se usó para comprar una carreta vieja. Con una frugalidad estricta, fue posible plantar un poco de heno y grano, y algunas verduras en la granja. Tracy intentó lograr que los granjeros locales usaran un arado de hierro para obtener mejores cultivos; lo escucharon cortésmente, y lo ignoraron. Lo que había sido suficientemente bueno para sus antepasados era, sin duda, suficientemente bueno para ellos. Siguieron usando sus palitos para rascar la superficie.

Una cosa es plantar un campo, y otra, encontrar agua para hacer crecer ese campo. Los dos manantiales en el extremo inferior de la tierra se secaron en la estación de calor. Papá contrató trabajadores hindúes para que le ayudaran a cavar un pozo de siete metros de diámetro. Un llamado a las iglesias estadounidenses trajo dinero para una bomba, para elevar el agua 12 metros al nivel de la tierra.

Era difícil hacer que los hombres trabajaran en la temporada de calor, particularmente en un pozo cristiano. Una y otra vez los trabajadores de la arena y la piedra no llegaron. Cavaron lentamente.

“Sahib”, un día los excavadores hindúes le dijeron a Tracy, “las pequeñas piedras caen sobre nuestros pies descalzos y nos lastiman. Si traes un coco y lo sacrificas aquí, no pasará nada”.

“No”, respondió Papá, “este es un campo cristiano y un pozo cristiano. Dios cuidará de nosotros, ya que somos Suyos”.



Separar el grano.  
El viento se lleva la paja.

En cuestión de minutos, una piedra se desprendió de un costado del pozo y cayó, hiriendo a un adolescente hindú con un golpe fuerte y contundente en la sien. Todo el futuro de las misiones nazarenas en la India quedó suspendido en el instante atemporal en que Papá saltó al pozo, creyendo que el chico estaba muerto. La reputación y el respeto de la misión en la comunidad ya estaban por debajo de cero, y los trabajadores eran difíciles de conseguir. Había mucha superstición. Y ahora, después de negarse

a sacrificar un coco a los dioses indios, y de declarar su fe en el Dios cristiano, una piedra había matado a un muchacho.

Pero Dios estaba allí. Papá llevó el cuerpo flácido con rapidez y cuidado al hospital de la ciudad, y en una semana el chico estaba de vuelta en el hoyo fangoso, cavando de nuevo.

El agua dulce y buena entró, pero Papá no estaba satisfecho. Siguió cavando hasta los nueve metros. El pozo tiene un promedio de poco menos de tres metros de profundidad en tiempos normales, e incluso en tiempos secos se rellena durante la noche.

Los misioneros estaban cansados. Habían estado en la India durante cuatro años, y los últimos dos habían sido un grave desgaste de

su fuerza y valor. Los nuevos reclutas eran muy necesarios. Sus gritos de ayuda enviados a través de cables y cartas, fueron respondidos con un: “No hay dinero. ¡Resistan!” Y los cinco se mantuvieron en el oscuro y ancho desierto de la idolatría, y la increíble oposición.

Un día abrasador, en abril de 1908, cuando la temperatura debajo del espeso baniano de nuestro patio delantero estaba por encima de los 41 grados, el pony Tata del tonga de correo de Malkapur, se paró humeante frente a las puertas de hierro de la misión. Un hombre delgado caminó sin avisar por el camino de grava, y vaciló en la entrada del porche. No había nadie a la vista. Hacía demasiado calor para moverse. Papá estaba tratando de escribir cartas y artículos para el extranjero en su oficina. Los papeles se pegaban a sus muñecas; las moscas eran insoportables. Vio una sombra en el porche, alguien en busca de medicina, sin duda. Cansado, desanimado, se limpió el rostro y salió.

“¿Hermano Tracy?”, preguntó el amable joven.

“Sí”, respondió Papá, con una pregunta en su apretón de manos.

“Soy L. A. Campbell. He venido a presentarme ante usted, mi superintendente. Con mi esposa y conmigo hay otros dos, un hombre joven, A. D. Fritzlan, y una mujer soltera, la señorita Olive Nelson. Nuestras iglesias en los Estados Unidos se están uniendo oficialmente, y nos ordenaron encontrarlo y asociarnos con su misión”.

Empezó a decir más, pero Papá no pudo resistirlo. Lo he escuchado alegremente contar la experiencia: “Cayeron directamente desde el cielo”, decía. “¡Cuatro de ellos! ¡Jóvenes! ¡Sanos! ¡Qué colosal respuesta a la oración!”

De regreso en casa en Estados Unidos, la reunión para la unión de la Iglesia de Cristo de la Santidad con la Iglesia Pentecostal del Nazareno se celebró en Pilot Point, Texas, el 8 de octubre de 1908.

A Papá nunca lo habían ordenado. En el Acta de la Asamblea General, llevada a cabo ese día de octubre se registró:

“Lunes, 12 de octubre, por la mañana: el Comité de Órdenes... recomendó... que Leighton S. Tracy, de India... sea elegido para la orden del presbiterio. El informe quedó aprobado”.

Tenía la sanción de la iglesia, pero ningún presbítero le había impuesto las manos a Leighton S. Tracy, comisionándolo con este cargo sagrado y especial. El único presbítero entre los misioneros, era el Rev. L. A. Campbell. Se decidió que él oficiaría en el servicio de ordenación de Papá.<sup>17</sup>

La reunión del concilio de la Misión que se convocó en junio, se alegró de que el personal volviera a su número original de nueve misioneros. Se hizo evidente, en cuestión de horas, cuán necesarios eran los nuevos miembros. Los misioneros notaron que su joven superintendente parecía inusualmente cansado. Estaba más que cansado; estaba enfermo. Era fiebre tifoidea. Pocas horas después de la bendición que cerró el concilio, Papá estaba delirando. Durante 11 días, yació inconsciente. Los mensajes pasaron a lo largo de los cables del océano, diciendo a las personas en casa: “¡Oren! ¡Oren! ¡Oren!”

El médico del gobierno local en Buldhana, el Dr. Rodgers, vivía en el bungalow día y noche. El comisionado adjunto británico solicitaba noticias cada hora, y enviaba hielo y sopas, y otras exquisiteces.

El domingo por la noche, después de una ligera hemorragia, Papá empezó a decaer rápidamente. Todos nos reunimos en su habitación para orar fervientemente. El doctor nos dijo que no había esperanza. Pero Dios respondió la oración. Papá volvió en sí y dijo: “Estoy muy cansado; ¿puedo descansar?”

El médico le dijo a Julia Gibson: “¿No podemos juntarnos todos, y orar para que Dios sane al señor Tracy?”



Habíamos estado haciendo eso, por supuesto, pero nos reunimos con el médico en la galería, y le pedimos a Dios que sanara a mi Papá.

El lunes y el martes, Papá nuevamente tuvo recaídas, y el médico no pudo ayudar. Salió de la habitación, pero no se fue a su casa. Entró en nuestra grande y vieja sala de estar, y se arrodilló. El hermano Fritzlan lo encontró más tarde, sobre sus manos y rodillas, metido entre nuestro pequeño órgano y la pared, sollozando y clamando a Dios por la sanidad de Papá. Nunca fue el mismo después de eso.

La recuperación de Papá fue lenta. Hubo dos recaídas alarmantes. Unos amigos amables y la junta enviaron dinero, y él, Mamá y la Abuela subieron a Mount Abu, al norte de Bombay, donde la altitud y el descanso le devolvieron la salud casi en su totalidad.

El efecto de este milagro de sanidad en Buldhana fue eléctrico. La gente conocía la tifoidea. Cuando escucharon de las recaídas de Papá, asintieron a sabiendas: era el karma, el destino. Pero luego, el patrón del karma se rasgó en dos: ¡Tracy Sahib se recuperó! “La oración”, dijeron los misioneros; “la oración al único Dios verdadero”. “La oración”, acordaron los hindúes, musulmanes y parsis, “la oración a un Dios poderoso”, aunque no estaban dispuestos a decir que Él fuera el único. Sin embargo, ciertamente valía la pena investigarlo.

Este fue el punto de quiebre histórico de nuestro primer trabajo misionero en la India. La oposición oficial cesó. Las barreras estaban oficialmente derribadas, y los campos estaban abiertos ante los misioneros, blancos y listos para siega.<sup>18</sup>



Primera fila: (de izquierda a derecha) Prescott Beals, Bessie Beals, John McKay,  
Andrew Fritzlan, Daisy Fritzlan (sosteniendo su sombrero).  
Fila de atrás: (de izquierda a derecha) Gertrude Tracy, L. S. Tracy, Eltie Muse,  
Amanda Mellies.

# Capítulo 5

## Aun en la arada y en la siega, descansarás

Éxodo 34:21

Era tiempo de arar. Comenzaron a aparecer algunos retoños de color verde, que brotaban de la semilla del Evangelio, sembrada desde hacía mucho tiempo.

Allí estaba Babaji Mhaske, de casta muy baja y menor reputación. Fue uno de los pocos que se aventuró a entrar a la escuela dominical de Julia Gibson, en Chikhli. Lucas, el predicador que trabajaba con la señorita Gibson, dijo, refiriéndose a los que estaban afuera: “No les gustan nuestras costumbres, señorita Sahib. Están tan acostumbrados al pecado y al mal, que es dulce para ellos”.

La luz penetró en la mente de Babaji, y se convirtió al cristianismo. No fue fácil ser el primer converso, con una familia y su comunidad llena de parientes. Con audacia, renunció a sus prácticas hindúes y pidió ser bautizado.

Los misioneros esperaron. Observaron su cambio de vida. Babaji aprendió a leer. Le testificó a los suyos, y ellos lo pusieron a prueba a su manera.

Por fin, los misioneros estuvieron seguros de que su conversión era real. El servicio bautismal se llevó a cabo en el tanque del gobierno en Buldhana. El Pbro. Campbell ofició.<sup>19</sup>

“Babaji”, entonó solemnemente, “te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. ¡Amén!”

Este fue el gran momento, la separación final entre sus antiguas costumbres hindúes y la nueva vida cristiana. Agarrando con firmeza a este hombre de gran tamaño, el hermano Campbell se esforzó por ponerlo bajo el agua. Al instante, el imponente indio echó su brazo alrededor del misionero para mantenerse firme; seguramente, debió haber resbalado. Babaji no había recibido instrucciones sobre el procedimiento bautismal. Fue cauteloso. Disgustado, el misionero lo intentó de nuevo, pero nuevamente Babaji se mantuvo firme. “¡Vaya, qué idea!”, exclamó el angustiado misionero.



L. S. Tracy, bautizando a un nuevo creyente

En el borde del tanque, las sonrisas y las risitas se habían convertido en una hilaridad sin disimular. Papá estaba a punto de estallar de risa. Le entregó el reloj a mi madre, y se metió en el tanque. Amablemente, le explicó a Babaji el significado de la inmersión en la vida del cristiano. “¿Permitirás que Campbell Sahib y yo te pongamos bajo el agua, en señal de lo que Cristo ha hecho por ti? ¿Estás dispuesto a hacerlo?”

“¡Oh, sí, Sahib; oh, sí!”

Y cuando los misioneros bautizaron a Babaji, casi se echó al agua en medio de su entusiasmo.

La obra creció. El 29 de enero de 1911, se organizó en Buldhana la primera Iglesia del Nazareno en la India. Había dos miembros fundadores, y seis en prueba. Tuvo que reorganizarse varias veces, pero al final se convirtió en una iglesia fuerte.

Llegó el momento para que los misioneros tomaran un breve descanso. Los Tracy y la señora Perry viajaron por tierra hasta la punta de la India, tomaron un pequeño ferry a Ceilán (hoy Sri Lanka), desde donde navegaron a Nueva York vía Nápoles, el 9 de marzo de 1911.

Tuvieron unos meses de descanso, asambleas y giras de trabajo. Desde la India llegaron noticias inquietantes, que informaban de ciertos reveses; algunos pastores habían regresado al hinduismo. La junta de la misión se desanimó, y pensó que deberían cerrar el trabajo y poner su dinero en otro lugar.<sup>20</sup>

“No, no, no”, irrumpió Papá, pensando en Babaji y otros jóvenes cristianos nuevos. “Habrá una cosecha. Déjenme volver allá, y cultivar la semilla con los demás”.

Zarparon el 19 de octubre de 1912, con dos nuevas reclutas: la señorita Myrtle Mangum y la señorita Lela Hargrove. Se les dejó en Calcuta para que trabajaran allí, mientras que los Tracy y la señora Perry fueron a Buldhana.

Todo el mundo ama a los bebés. Pero en Oriente, si se les diera la opción, todos los primogénitos, y quizás también los segundos, serían varones.

Papá tenía dos hijas, y hubo un gran regocijo en la comunidad cristiana por cada una. Pero cuando nació Philip, hubo una gran alegría: ¡por fin, un hijo varón! Philip-baba, el *chota Sahib*, “pequeño

maestro”, había llegado. El nivel de respeto por el superintendente de la misión aumentó un punto o dos.

La llegada del bebé Philip no fue nada rutinaria. A mediados de noviembre, las lluvias habían desaparecido, el clima estaba templado y era agradable, y al bebé le faltaban dos o tres semanas para llegar. Habían transferido al Dr. Rodgers, y no estaba disponible. Mamá y Papá supieron de un hospital del gobierno en Jalgaon, en la Presidencia de Bombay, que tenía un buen médico.

Se estaba haciendo un poco tarde. Papá asistió a una convención de santidad en octubre. Luego hizo un rápido viaje a Calcuta, donde algunos de los misioneros estaban enfermos.

Al final, Papá volvió a Buldhana. Luego, dejó a la Abuela Perry para hacerse cargo del trabajo en Buldhana.

Papá acomodó a la familia cuidadosamente en el coche lateral de su motocicleta, y nos llevó a Malkapur, donde abordamos el tren para Jalgaon. No había hoteles en Jalgaon, por lo que Mamá y Papá decidieron establecer nuestro propio campamento a dos kilómetros del hospital, en una agradable arboleda. Por la tarde, Papá y el cocinero fueron a la ciudad a comprar comestibles y suministros para el campamento. Luego, regresaron el carro de alquiler, y se fueron a casa. Todo iba muy bien; todos cooperaban, excepto el bebé. Decidí llegar antes de lo previsto. Papá y el cocinero regresaron del bazar para encontrar el campamento en un alboroto. Mamá sintió un dolor repentino, y Martha y yo, poco más que bebés también, llorábamos de tristeza y miedo.

Dejamos a la cocinera en el campamento, y comenzamos a bajar por el sendero rocoso tan rápido como pudimos. Pero no fue lo suficientemente rápido. Para cuando Martha y yo llegamos a la carretera, Papá corría frenéticamente y nos decía que nos apuráramos.

De repente, Papá alcanzó una carreta de dos ruedas que se dirigía a la ciudad. Tomando el control de ella, nos metimos en la carreta. El conductor del carro nos echó un vistazo y comenzó a azotar el lomo de sus bueyes, sorprendidos y asustados. Nos golpeábamos contra los costados de la vieja carreta, mientras se tambaleaba y gemía sobre las rocas. Papá estaba tratando de sostener a Mamá en sus brazos.

Nunca llegamos al hospital.

“No puedo soportarlo; no puedo; no puedo”. Mamá estaba llorando.

Cuando dimos vuelta a la última curva en una rueda, apareció el búngalo de la Alianza Cristiana y Misionera. Papá llamó al conductor para que se detuviera, saltó al suelo, le arrojó algo de dinero al conductor de la carreta, y corrió durante el resto del camino y por el largo trayecto, cargando a Mamá. Los Schelander estaban de visita. Al entrar, Papá encontró una habitación con un catre. Cuando nos dijeron que los siguiéramos, Martha y yo nos abrimos paso hacia la habitación. No podíamos entender por qué nos hicieron retroceder, y la puerta se cerró de golpe en nuestras caras. De nuevo, Papá saltó los setos y la cerca entre el hospital y el complejo de la misión. El doctor no estaba allí. Papá hizo que la enfermera en jefe entendiera su emergencia. Luego, volvió a salir, sobre los setos de la misión.

Llegó al búngalo, sin aliento y desaliñado, justo a tiempo para traer a su propio hijo al mundo. Dos misioneras solteras rondaban nerviosas en el fondo. Cuando todo terminó, la enfermera entró corriendo y se hizo cargo. La noche siguiente, trasladaron a la madre y a su nuevo hijo al hospital.

De pie, junto a Mamá y a la pequeña cosa roja que dijeron que era mi hermano, me dicen que los estudié solemnemente; luego,

mirando las grietas grandes y descoloridas en el techo sobre el catre, señalé y dije: “¡Por allí fue donde bajó del cielo!”

Totalmente desprevénida para los gritos de risa que siguieron, estallé en lágrimas de dolor y tuvieron que sacarme. Más tarde, un papá relajado y radiante nos llevó de regreso a casa, a Buldhana.

Nosotros, los tres niños, le dábamos a Papá una invitación permanente para todos nuestros intereses y actividades, pero habitualmente no podía darse el tiempo de llegar más allá de nuestro umbral.

“El trabajo” era muy apremiante. Era primordial, exigente, absorbente. Papá salía de prisa montado en su caballo, Buddy, llamado así cariñosamente por Bud Robinson<sup>21</sup>, o aparecía en su motocicleta en una nube de polvo amarillo, y a veces sujetaba el carro lateral y nos llevaba con él, pero casi siempre se iba solo a ocuparse del “trabajo”.

El trabajo ocupaba toda su vida, casi. Recuerdo unas vacaciones en el Himalaya: se tomó libre un día entero del trabajo y, como familia, fuimos de picnic a Happy Valley. No sabíamos que teníamos un padre tan juguetón. De hecho, jugó con nosotros y se rió todo el día. Pero eso nunca se repitió.

Solo en años posteriores llegamos a llamarlo ‘Papá’, porque la tendencia de los títulos paternos cambió; pero cuando éramos pequeños, él era Padre, un caballero británico canadiense, alto, erguido, de buena constitución, de cabello negro, que siempre usaba anteojos y bigote. Los anteojos eran una necesidad; el bigote, una distinción. Los anteojos ensanchaban una cara bastante magra, pero no protegían sus ojos. Eran unos ojos bonitos, amigables; grises, según su pasaporte, con un increíble truco de cambiar de color en la luz y la sombra. Eran ojos de ágata, de color verde grisáceo, con unas manchas marrones, que me recordaban a la hierba seca de la selva al comienzo de la estación cálida.



¡Pero ese bigote! Siempre cuidadosamente recortado y arreglado, pertenecía a su cara. Sin él, no habría sido ‘Padre’. En aquellos días, ningún hombre se afeitaba el bigote y, a veces, a los misioneros que se lo afeitaban los confundían con mujeres. A temprana edad en la vida, aprendimos a observar el más mínimo cambio de opinión o estado de ánimo, por la inclinación y expresión del bigote de nuestro Padre. En materia disciplinaria, fue nuestro termómetro más confiable. Cualquier cosa que el tono de su voz ocultara y sus ojos controlaran, el bigote lo delataba. Si estaba adusto y rígido, nos alineábamos; pero si un pelo se movía ligeramente, era seguro poder explotar en gritos de risa, en los que su voz de bajo resonante llevaba la batuta.

Una vez, en Calcuta, le insistimos tanto a Papá, hasta que finalmente nos compró un par de conejillos de indias. Rápidamente aceptamos la responsabilidad de cuidar

---

... cuando éramos  
pequeños,  
él era Padre, un  
caballero británico  
canadiense, alto,  
erguido,  
de buena  
constitución, de  
cabello negro, que  
siempre usaba  
anteojos y  
bigote.

---

por su bienestar. Nos fascinaron por un tiempo y crecieron. Pero un día se nos olvidó alimentarlos. Nos recordaban nuestra responsabilidad mientras jugábamos, y realmente lo lamentamos la primera vez, y tuvimos un poco de remordimiento la segunda. Pero cuando fallamos después de la tercera advertencia, intentamos persuadir, rogamos, lloramos y suplicamos todo lo que pudimos, y no logramos conmover a Padre ni un centímetro. Nunca volvimos a ver a los conejillos de indias, ni se nos permitió tener más. Recibimos, en cambio, una conferencia de dos puntos sobre la crueldad hacia los animales que están bajo nuestro cuidado, y el incumplimiento de las promesas. Se nos quedó grabado de por vida.

Un año, Martha recibió un par de novillos como regalo de cumpleaños. Otro año, Papá le dio cuatro huevos de pavo real. Bajo el calor de una vieja gallina ponedora, dos de ellos salieron del cascarón. Las hermosas e ingratas aves, repartían su tiempo entre la seguridad del nido de palomas de nuestro complejo cristiano, y el templo de la diosa madre, a menos de un kilómetro de distancia, donde compartían todo el día las ricas ofrendas a unos ídolos pintados de rojo, y se convirtieron ellas mismas en objetos de adoración.

Las grandes cajas de madera de Estados Unidos fueron, quizás, nuestra fuente de emoción más melodramática. La generosidad de nuestra gente era tan abrumadora en aquel entonces como lo es ahora, pero el conocimiento de lo apropiado y lo más apreciado ha aumentado enormemente con los años. La persona que puso esas tres primeras paletas de caramelo en la caja del misionero, nunca supo que contribuyó más a nuestra americanización que cualquier otra persona. No sabíamos lo que eran las paletas de caramelo; nos lo tuvieron que explicar. Ningún caramelo duró tanto tiempo. Nos permitimos lamer un poquito cada día, imaginando, mientras duró, que éramos niños estadounidenses de verdad. Y cuando alguien empacó un pequeño trozo de parafina, Mamá y la Abuela no lo usaron para cubrir frascos de gelatina. Nos mostraron cómo los estadounidenses masticaban chicle. No tenía sabor, pero estábamos encantados.

La caja, generalmente, llegaba meses después de Navidad, ya que los gentiles remitentes no tenían idea del tiempo que tardaba en recorrer el trayecto hasta su destino. Llegó en el tiempo más caluroso de la temporada de calor. Toda nuestra existencia se detuvo. No trabajamos, no jugamos. Comimos solo cuando nos amenazaron con que no se haría nada hasta que comiéramos. Luego se escuchó el chirrido

del extractor de clavos, *el toc-toc* del golpeteo del martillo, y la caja por fin quedó abierta.

En la parte superior estaba una colcha, ¡como siempre! Era un mosaico de parches hermoso, grueso, de lana, cuidadosamente cosido a mano, acolchado con amor y, a veces, bellamente bordado con los nombres de los integrantes en los cuadros. De tiempo en tiempo, había juguetes reparados; una vez encontramos una lata de bacalao en mal estado. Ocasionalmente, había una caja de hojuelas de maíz remojadas, algún pastel de frutas, o paquetes de fruta seca, o una lata de leche de Clavel. Mi madre y mi abuela, que habían nacido en Vermont, se entusiasmaron con una pequeña cantidad de azúcar de arce. A menudo, había vestidos de diversos materiales y tamaños empacados en el centro de la caja, unos con mucho estilo, otros extremadamente anticuados, o sencillamente perfectos. Y muy a menudo, encontrábamos una gran cantidad de ropa interior, larga, pesada y de lana. Lo que hacía que nuestro sarpullido nos picara con furia solo al tocarla.

Nunca olvidaremos un gran traje sindical. Tenía el nombre de Papá grabado en letras grandes, al frente. Quizás era demasiado pequeño para él; en todo caso, Papá se lo dio a un indio, un nuevo cristiano que tenía muy poco y necesitaba mucho. Con gratitud y orgullo, fue a la iglesia ese domingo, vistiendo el traje del Sahib, magníficamente etiquetado con las letras L. S. Tracy, y coronado con su turbante de color rojo brillante. No recuerdo lo que Papá predicó ese día, pero a lo largo del servicio su bigote se movió sin control, y los niños tuvimos que ser expulsados vergonzosamente por la fuerza.

Martha y yo nos divertíamos por nuestra cuenta. Aunque los indios cristianos eran maravillosos con nosotras, me temo que nosotras éramos unos monstruitos insoportables con ellos. Nos vestía-

mos con sus mejores saris, sin ser demasiado cuidadosas. No éramos muy expertas para moler sus pimientos para el curry, y su grano en los molinos de piedra. Nos inclinábamos para *pulir* sus pisos, extendiendo con nuestras manos la mezcla de estiércol diluido de vaca, pero no lo hacíamos bien. Pero cuando estaba terminada y seca, la mezcla se quedaba dura y brillante, limpia y sin olor, y era el mejor repelente de termitas que existe. Cargábamos a sus bebés en nuestras caderas, y sacábamos agua del pozo, balanceando los grandes jarrones sobre nuestras cabezas y derramando la mayor parte del líquido.

Hacíamos nuestras propias muñecas y juguetes de peluche con viejas fundas de almohadas, y las rellenábamos de trapos. Jugábamos a los jacks (matatena o papaya) con piedritas; cuando lanzábamos una piedra a lo alto, imaginábamos que era el balón que no teníamos. Trepábamos a los árboles y platicábamos largamente con nosotras mismas y entre nosotras, encima de las ramas superiores. En Buldhana, un árbol grueso de tamarindo se convertía en una casa de juegos, pero el gran baniano frente a nuestro porche era el favorito.

Al ser las primeras hijas de misioneros de nuestra denominación, fuimos pioneras en materia de educación. No se nos envió dinero como subsidio para la escuela. Mamá y Papá estaban decididos a que no nos faltara una educación elemental formal. Dios proveyó para nuestras necesidades por medio de donaciones especiales, que pagaron el costo de las clases y la pensión para Martha y para mí en la escuela de niñas de Calcuta durante un año; luego, en la escuela presbiteriana Woodstock, en las faldas de los Himalayas. El lugar era lo suficientemente alto como para ofrecer una altitud de verano, limpia y fresca.

Durante los primeros años, nos alojamos en la escuela construida en la ladera de la montaña. Después, Mamá y la Abuela se turnaron

para alquilar cabañas en Landour, arriba de Woodstock, así que nos deslizábamos y escalábamos a la escuela todos los días. Muchas veces, me enviaron a casa con malaria, sobre una canasta en la espalda de un culí.

Recuerdo claramente una adorable muñeca que Papá y Mamá me llevaron como regalo de cumpleaños. Me encantaba, como a cualquier niña, y lloré por semanas cuando la encargada del internado me la robó y se la dio a su hija. Papá y Mamá nunca volvieron a tener dinero para comprarme otra.



# Capítulo 6

## Mirad, yo os he entregado la tierra

### Deuteronomio 1:8

El Dr. H.F. Reynolds hizo su primera visita a la India en abril de 1914. En el barco que zarpó de San Francisco, había un gran grupo de misioneros bajo la tutela del Dr. Reynolds. La mayoría de ellos estaba programada para el trabajo misionero nazareno en China y Japón, pero tres jóvenes se dirigían a la India: las señoritas Hulda y Leoda Grebe, y Virginia Roush. La señorita Roush fue enviada al lado de Buldhana, e hizo trabajo de evangelización durante cuatro años; luego su salud decayó y regresó a los Estados Unidos.<sup>22</sup>

La señorita Hulda y la señorita Leoda Grebe, ambas enfermeras de formación, se decidieron como activos para la joven misión en Calcuta.

En 1903 o 1904, una dama inglesa, la señora Avetoom, comenzó una pequeña obra evangelística en Calcuta.<sup>23</sup> Con ella se asoció una joven viuda bengalí, la señora Banarji, que consiguió fondos para comenzar, en enero de 1905, una pequeña escuela para 16 viudas jóvenes. Al año siguiente, contactó con la Iglesia del Nazareno, dirigida por el Dr. Phineas Bresee.

Casi un año y medio después, los grupos de santidad de Nueva Inglaterra y la costa del Pacífico se unieron en su tierra natal, y Leighton Tracy fue enviado a inspeccionar este trabajo adicional, y a hablar con las señoras Avetoom y Banarji. Algún tiempo después, la iglesia de Los Ángeles envió al señor E. G. Eaton y a su esposa, y al señor V. J. Jacques a esta área, y en ese momento la escuela se mudó de la ciudad a la Hallelujah Village, un gran complejo en las afueras de Calcuta.

Para cuando llegó el Dr. Reynolds, la señora Avetoom había regresado a Inglaterra, el señor Jacques había regresado a los Estados Unidos, la señora Banarji se estaba yendo, y los Eaton estaban muy enfermos con fiebre malaria.

“Deben irse a casa de inmediato”, dijo el Dr. Reynolds, y envió a buscar a Papá. “Venga tan pronto como pueda empacar. Me quedaré con estas dos nuevas enfermeras y los dos jóvenes misioneros, hasta que usted llegue con su familia. Enviaré a un nuevo superintendente para que pueda mostrarle el lugar, y luego usted vuelva a su trabajo en el oeste de la India”.

Durante un año y medio vivimos en Calcuta. Los Eaton habían abierto dos estaciones: una en la ciudad de Mymensingh, a 482 kilómetros al noreste de Calcuta; y la otra en Garo Hills, a otros 160 kilómetros, o más, al norte. Ninguna de estas estaciones fue de mucho valor para nuestro trabajo. Ambas áreas estaban siendo cubiertas adecuadamente por otra denominación evangelística. El Dr. Reynolds llamó a la señorita Mangum y a la señorita Hargrove de Mymensingh, y reorganizó la Escuela Hope, con ellas al frente. La señorita Hulda Grebe quedó a cargo de la educación religiosa, y la señorita Leoda Grebe se encargó del trabajo médico. Aproximadamente un mes después de mudarnos a Calcuta, Papá fue a Mymensingh para empacar



los muebles de la misión. Desde allí realizó el primer viaje exploratorio a Kishoreganj, una ciudad al sur y al este de Mymensingh.

Como Papá no sabía hablar bengalí, llevó consigo a un intérprete; pero antes de llegar a la estación de tren más cercana, a 30 kilómetros de Kishoreganj, el intérprete se enfermó de fiebre y tuvo que regresar a Calcuta. Durante cinco días, Papá había estado comiendo de su canasta de almuerzo. Solo quedaba parte de una lata de arenque ahumado, y algo de pan.

Era la temporada de monzones y la lluvia caía a torrentes. Una carreta de correo iba a Kishoreganj alrededor de las cuatro de la mañana del día siguiente. Se llevó a Papá como su único pasajero, pero antes del amanecer, los caballos se atascaron en el lodo y no pudieron continuar. Trasladaron a Papá, junto con las bolsas de correo, a un bote que navegaba por el río Brahmaputra; luego, los transfirieron a otra carreta de correo que finalmente llegó a Kishoreganj.

La casa de huéspedes del búngalo de Kishoreganj era pobre. Por lo general, hay al menos un cuidador y un tipo de cocinero; pero aquí, Papá solo encontró una puerta cerrada. No muy lejos, vio un importante edificio de ladrillos que parecía pertenecer al gobierno.

Se acercó y se reunió con el magistrado oficial del distrito. Papá explicó su situación, y el magistrado envió a un sirviente para que llamara al cuidador del búngalo. Luego invitó a Papá a cenar. Con mucho gusto aceptó.

Pero como no había desayunado, Papá le pidió al cuidador que buscara a alguien que le preparara una comida. El hombre vino, pero eran las cinco de la tarde y aun no había algo que estuviera listo para comer. Papá comió un poco de arenque y pan de su canasta, y salió a la ciudad para ver si había propiedades en venta o alquiler, donde pudiera abrir una estación de la misión en el centro de esa gran área.

Al día siguiente, reunió estadísticas e información sobre la salud del distrito, las precipitaciones, la temperatura, etc.; desayunó con el magistrado, compartió un tiffin<sup>24</sup> con la policía, y luego, alrededor de las cuatro, tomó el tonga de nuevo para el viaje de regreso.

Papá estaba cansado; aún así, tuvo que caminar un poco de la distancia hasta el bote, porque los caballos no podían atravesar el lodo y llevar el correo también. Desde el bote, a las tres de la mañana del día siguiente, caminó el resto del trayecto hasta Gafargaon, durmió en el piso de la sala de espera hasta el amanecer, y tomó el primer tren para Calcuta.

Ese fue el comienzo de nuestro trabajo en el este de la India, en Kishoreganj. Era un campo abierto, pero pasaron varios años antes de que finalmente nuestro trabajo se estableciera allí.

El presbítero George Franklin fue enviado a supervisar el Distrito Este de la India. Llegó el 13 de agosto de 1915 y, en un mes, se casó con su amiga de la universidad, la señorita Hulda Grebe.

Un mes después del viaje de Papá a Kishoreganj, fue a inspeccionar el trabajo en Garo Hills. Encontró que la misma denominación evangelística que estaba en Mymensingh, también tenía un trabajo extenso ahí. El Dr. Reynolds y el señor Franklin compartieron la conclusión de Papá, de pasar nuestro trabajo al otro grupo, y concentrar nuestros esfuerzos en Calcuta y Kishoreganj. El trabajo en Garo Hills se cerró en 1916.

Recuerdo el complejo de la misión en Calcuta. Tenía un bungalow grande, con un techo plano expansivo. A veces, en la estación cálida, solíamos dormir allí, bajo las estrellas. Había una amplia zona de césped, donde jugábamos bádminton en la noche. Flores, arbustos, frutos secos y guayabas, crecían en el jardín, y altas palmeras de coco se inclinaban sobre el tanque de riego. Por los árboles saltaban

bandas de monos, y todo lo que necesitábamos hacer era lanzarles piedras, y ellos nos lanzaban cocos. Los chicos nadaban y tomaban los cocos flotantes.

El complejo tenía un largo camino de hierba hacia la puerta principal y una cerca de luz de algún tipo; pero la Escuela Hope tenía un muro alto y no escalable que lo rodeaba, con una pequeña puerta trasera cuidadosamente guardada, que daba hacia una zanja parecida a un foso, con un camino por la parte de afuera.

Recuerdo que un día durante la temporada de monzones, Mamá nos llevó a Martha y a mí a un encargo en uno de los gharri de la misión (un carreta de cuatro ruedas con una tapa). Papá estaba fuera en uno de sus muchos viajes. Cuando regresábamos a la misión, el carril delantero se inundó, y el poni no pudo pasar. Comenzó a oscurecer. La lluvia era, literalmente, como cortinas de agua ondeando en el vendaval. Lentamente, el gharri chapoteó hacia la calle de atrás y nos dejó salir por la pequeña puerta trasera; luego, el chofer condujo hasta la cochera. La zanja, generalmente seca, estaba inundada y el agua corría libremente. La puerta, bien cuidada, generalmente se nos abría a la primera llamada, pero esa noche gritamos y golpeamos hasta quedar roncos. La tormenta nos arrebató los gritos de la boca. Levantando delicadamente sus largas y mojadas faldas, Mamá caminó hacia el lugar donde solíamos cruzar la zanja, y probó el torrente enlodado. Parecía no tener fondo. Intentamos llamar de nuevo, esperando que alguien escuchara. Luego, abandonando toda cautela y propiedad, Mamá echó mano de su valor de madre y se sumergió. Agarrándome, avanzó cautelosamente a través del agua negra que se arremolinaba con fuerza contra nosotros. Llegaba hasta la cintura, tal vez casi hasta las axilas; unas ramas de árboles y escombros nos golpeaban y luego, llegamos al otro lado. Me arrojó hacia

la orilla resbaladiza, y regresó por Martha. Luego, las tres corrimos por el camino inundado hacia la puerta del bungalow. Esta se abrió de golpe cuando llegamos al porche y alguien, con un grito de horror, nos llevó al calor y la seguridad.

---

**Eso era. Eso era lo que contaba. Por eso estábamos aquí. Este era el plan de Cristo, y esta era nuestra misión, nuestro trabajo, nuestra vida.**

---

Era raro para la familia tener a Papá solo para nosotros. Un día, me eligió como su única compañía en un encargo que hizo al centro. Papá conducía el caballo. Recuerdo que, durante un rato, charlé sobre nada; luego, cuando pasábamos por un templo, señalé y pregunté: “Papá, ¿por qué no entramos ahora, arrancamos los viejos ídolos y hacemos que la gente deje de adorarlos?”

Esto me pareció una estrategia muy superior a tener escuelas dominicales, reuniones de huérfanos y predicaciones en bazares. Al instante, Papá se puso alerta.

“¿Crees que eso haría que dejaran de adorar a los ídolos?”, preguntó amablemente.

Dudé. “Bueno, si tienen más ídolos, vendríamos y los tiraríamos de nuevo”.

Papá se quedó callado por un minuto. Luego preguntó: “¿Crees que sería mejor si ellos mismos destruyeran sus ídolos?”

“Pero ellos no lo harían”, dije rotundamente. “Sabes que no lo harían.”

Quizás algunos de ellos lo harían si les contáramos acerca de Jesús y su amor, y comenzaran a amarlo. Entonces no querrían a sus ídolos, y ellos mismos los tirarían. Si entramos y destruimos a los ídolos, la gente se enojaría con nosotros y adoraría a los ídolos aún más. Pero si

aprendieran a amar a Jesús, ya no querrían a los ídolos. Eso nos ahorraría la molestia de tener que venir siempre aquí y tirar los ídolos. ¿No sería mejor eso?”

“S-í”, admití a regañadientes.

Era menos llamativo y emocionante que mi propuesta, pero podía ver que su idea era mejor. Y por primera vez, vi el punto de tener escuelas dominicales y orfanatos, predicar, dar medicinas, visitar y elevar el nivel económico de vida. Eso era. Eso era lo que contaba. Por eso estábamos aquí. Este era el plan de Cristo, y esta era nuestra misión, nuestro trabajo, nuestra vida.



# Capítulo 7

## Y sembraréis la tierra

### Génesis 47:23

En el oeste de la India, el plan de ir de gira se hizo realidad. Regresamos a Buldhana desde Calcuta al comienzo de la temporada de giras, y toda la familia se fue de gira, con bebés y todo. Los bebés eran un activo, no hacían ninguna diferencia en el horario. “Un hombre con una familia es más respetado que el que viaja solo”, dijo Papá.

Hicimos un gran campamento cuando fuimos todos juntos, porque era esencial que los predicadores indios también llevaran a sus esposas y familias, y atrajimos tanta atención como un carnaval ambulante. Todo era una curiosidad: nuestra ropa, los utensilios de cocina, las cunas y las pequeñas sillas plegables de lona. La máquina de escribir de Papá era algo maravilloso a su ojos. En la gira, escribía sus artículos y cartas con círculos de hombres y niños que admiraban los movimientos de sus dedos, encantados con el tintineo de la campanita al final de cada línea.

Además de los humanos y sus equipos de campamento, estaban los animales, las carretas y los forrajes. En general, se establecieron cuatro campamentos en una temporada, centralizando el trabajo en

las áreas más interesadas y extendiéndose desde allí hacia las aldeas circundantes.

Las giras fueron un punto culminante en nuestra vida. Vivir en tiendas de campaña, a menudo bajo gruesos árboles con bandas de monos rhesus o hanuman, corriendo y columpiándose sobre nosotros, o gritando y luchando por elegir un lugar para descansar antes de establecerse en una noche de parloteo, era divertidísimo para nosotros. Por qué los adultos le lanzaban palos y piedras a esos ladrones merodeadores, es algo que nunca entendimos.

Cuando las grandes bestias de color barro por fin se iban, era natural que nos atáramos cuerdas a la cintura, simulando sus colas, y saltáramos a través de las mismas ramas, en una imitación con poca gracia. El pobre del pequeño Phil era demasiado chico para escalar, y solía quedarse parado en el suelo, melancólico y triste, con su pequeña cola de cuerda arrastrándose penosamente en el polvo.

De vez en cuando, acampábamos cerca del agua, donde podíamos chapotear y remar con tanta soltura como nos lo permitían nuestros cascos grandes y siempre presentes. Una vez, de gira en Hatedi, mi madre se despertó en la noche con una premonición inexplicable. A la mañana siguiente, todos salimos a ver una vaca que había sido asesinada por una pantera, a poco más de un kilómetro de nuestra tienda.

Siempre había predicación en los pueblos. En el fresco del día, íbamos a un lugar céntrico; Mamá bombeaba el pequeño órgano, y todos cantaban. Papá y los predicadores indios hablaban y mostraban imágenes en tarjetas grandes, entregaban folletos y vendían porciones de las Escrituras. En años posteriores, Papá usaba una linterna mágica.<sup>25</sup> La noche florecía en brillo y color, cuando las conocidas historias aparecían en una hoja de cálculo, y la voz profunda de Papá, en un maratí fluido, contaba la historia de Jesús y Su amor.



La aceptación del evangelio no siempre fue fácil. En el área de Mogalai, a unos 48 kilómetros de Buldhana, estaba la ciudad de Anwa. En 1913, algunos de los predicadores indios se fueron de gira a este territorio en un viaje evangelístico. Se quedaron seis días en Anwa; fueron recibidos con los brazos abiertos, y los alojaron en las casas con la mejor hospitalidad que los aldeanos pudieron brindar. La gente de esta aldea estaba tan ansiosa por escuchar el evangelio, que los hombres preferían quedarse y escuchar, que ir a trabajar y cobrar su salario. Cuando los predicadores indios finalmente se fueron, la mayoría de la gente los siguió unos ochocientos metros más allá de los límites de la aldea, lloraron al despedirse y les rogaron que regresaran.

El equipo de la gira volvió a Buldhana con excelentes informes de este pueblo. No fue posible que un misionero visitara Anwa inmediatamente. Papá tenía que ir a Calcuta, y se ausentó durante un año y medio. Cuando regresó, sintió que tenía que acercarse a la gente. Pensó que si podía vivir con ellos, comer lo que comían y hablarles en sus hogares, podría llegar a más personas.

Papá tenía un turbante indio en su salacot, y se puso otras prendas indias; luego, con algunas porciones y tratados del Evangelio, un paraguas negro, un rollo de mantas, una placa de latón y una lota (vasija para beber), emprendió una gira de tres semanas, acompañado por dos predicadores indios.<sup>26</sup>

Fueron a pie de pueblo en pueblo, se sentaron en el suelo alrededor de las hogueras de estiércol seco en la noche, mirando profundamente en los corazones de las personas. Llegaron, por fin, a Anwa.

“Estas son las personas que antes le dieron la bienvenida a los cristianos”, recordó papá; “tal vez ya estén listos para el bautismo”.

Las noticias viajan rápido en la India, y los desplazamientos de los tres hombres habían sido relajados y sin esconderse. Cuando pasaron por debajo de la gruesa puerta en forma de arco, sintieron hostilidad. Con tristeza y una enemistad casi abierta, los aldeanos informaron que todas las personas por las que el Sahib había preguntado se habían ido.

---

**Tenía gozo por saber que estaba en el centro de la voluntad de Dios, en el corazón de la India; nostalgia, por escuchar una sola palabra en su propio idioma; y decepción, porque los aldeanos no lo recibían.**

---

“No, ese no está aquí...” “Él también se ha ido de la aldea...” “No, Sahib, no sé dónde...” “¿Cuándo volverá?” “¡Quién sabe!” “No, no hay lugar para que se quede...” “Sí, hay una cama, esa...” “¿Comida?” “Puede comprar estos chapatis fríos, y<sup>27</sup> un poco de *lonsi*”.

Bajo un árbol de tamarindo entre el pueblo y el río, Papá acampó entre dos carretas. Era sábado por la noche y hacía frío para la India. Un viento fuerte, aunque cortado por las mantas colgadas, hizo de su baño una experiencia desagradable. La cama, un marco de madera amarrada con cuerdas y sin colchón, era demasiado corta y estaba llena de bichos. El *lonsi* de mango verde, aceitoso y picante, envuelto en una tarta plana *de* chapati sin levadura, cayó como plomo en su estómago.

Amaneció, y era una hermosa mañana de domingo. El aire se sentía fresco y vigorizante. Le recordaba a un día de verano tardío, en su adolescencia canadiense, y casi podía imaginarse yendo a la pequeña escuela dominical de santidad en Hartland, vestido con su mejor traje. Y justo sobre la colina, estaba la iglesia.

Pero no había ninguna colina, ninguna iglesia, solo una pared fría y gris, y una puerta cerrada. Anwa, ¡que había sido tan cálida! Anwa, ¡que ahora era tan fría como para echarlo! Anwa, ¡que ni siquiera le brindó la cortesía de los viajeros, para invitarlo a dormir en su posada!

Se sentó en la cama con una gran carga por el pueblo y el área, llorando como un bebé, con una mezcla de decepción, nostalgia y alegría. Tenía gozo por saber que estaba en el centro de la voluntad de Dios, en el corazón de la India; nostalgia, por escuchar una sola palabra en su propio idioma; y decepción, porque los aldeanos no lo recibían. Por un largo rato, se sentó a orar por las personas que lo habían echado. Y por fin, apareció el llamado; parado solo, contra las paredes grises y la puerta cerrada de Anwa.

En el bolsillo de Papá había una pequeña armónica que había comprado en un bazar. La buscó. El Espíritu Santo estaba tan reconfortantemente cerca, el llamado era tan claro. De repente, se acordó del estribillo del viejo canto,

*“Y cuando termine la batalla,  
Portaremos una corona  
En la nueva Jerusalén”.*

En ese instante, el tumulto que sentía en su corazón se despejó, y la gloria del Señor llenó el templo de su alma. Lo envolvió una y otra vez, en oleadas de emoción. La victoria *vendría* a Anwa; de hecho, por fe, ya estaba aquí. Una y otra vez, tocó la hermosa melodía; lágrimas de alegría recorrían su rostro cansado. Esa puerta del pueblo *estaba* abierta al evangelio, ¡él lo sabía!

Las semanas, y los meses, y los años, pasaron. Por fin se había ganado un baluarte. Una pequeña iglesia. Otra. Otra. Después de que Papá regresó a casa para jubilarse, todo Mogalai comenzó a abrirse.

Jamner se abrió a finales de 1912. Otra misión había estado operando en esa sección; pero para 1910 nos pidieron que nos hiciéramos cargo, si lo deseábamos. La señorita Hitchens y la señorita Nelson, en Igatpuri, estaban interesadas, y querían salir inmediatamente de gira por la zona.

“Está bien”, dijo Papá, “nos encontraremos allí con el equipo para acampar”.

Por el bien de la propiedad, Mamá fue y se llevó al bebé. Cargaron la vieja carreta de la misión con montañas de equipaje, y partieron la mañana del 7 de diciembre de 1910, planeando contratar bueyes en cada aldea y enviar los animales cansados a sus dueños. Fue un viaje de 69 kilómetros. Todo marchó bien por cerca de tres kilómetros. Todavía sin bajar a la llanura, una de las ruedas de hierro crudo de la carreta se aflojó del volante, se tambaleó torciéndose fuera de la carretera y cayó en la zanja. La larga experiencia con este mal común de las carretas, le había enseñado a Papá qué llevar en todo momento. Sacaron el hacha y volvieron a golpear la llanta. En el primer arroyo, la rueda de madera se hinchó lo suficiente como para cuidarla bien. Pero de alguna manera, la indispensable hacha se dejó en la carretera o se salió, y todo tuvo que detenerse mientras alguien regresaba para buscarla.

En la primera aldea, se contrataron novillos frescos, pero a un kilómetro y medio más allá, uno de los animales se tendió en el camino y se negó a continuar. Papá envió al pueblo por otro. Antes de llegar al tercer pueblo, esto había sucedido tres veces con tres novillos diferentes. Al atardecer, llegaron a la tercera aldea, donde la gente les proporcionó

generosamente *chapatis* y una *lota* de rica leche. Mientras dormían, en la posada abierta por tres lados, un novillo entró pesadamente en el refugio, revolviendo las cosas en su camino. Papá se levantó y lo sacó. Cuando partieron a la mañana siguiente, el cuerpo de la vieja carreta comenzó a deslizarse a lo largo del eje contra una rueda. Mientras bajaban por una empinada orilla hacia un río, un lado del yugo se pegó al lodo y se rompió, y los novillos se soltaron. Luego vinieron casi cinco kilómetros montando sobre rocas y bajando surcos. La viga sobre el eje se separó debido a la tensión. Afortunadamente, estaban cerca de un pueblo y un carpintero la fijó, con un palo atado como una férula. A la tarde del tercer día, llegaron a duras penas a Jamner.

Le pregunté a mi madre cómo hicieron el viaje de regreso.

“Pasamos la Navidad allí”, recordó. “Fui a Bhusawal en tren y compré algunos regalos. Deben haber arreglado la carreta de alguna manera. No recuerdo el viaje de vuelta. Tu padre era bastante hábil para arreglar cosas, ¿sabes?”

En 1912, la señorita Olive Nelson fue enviada a Jamner. Con ella se fue una amiga, la señorita Pearl Simmons, una asociada independiente. La señorita Nelson y la señorita Simmons alquilaron una casa en la ciudad, y comenzaron el trabajo de evangelización. Apenas habían llegado y se habían establecido en su nuevo hogar, cuando la señorita Simmons se enfermó muy repentinamente. Cuando Papá, Mamá y la Abuela aterrizaron en Calcuta, de regreso de su primer tiempo de licencia, les entregaron un telegrama en el muelle. “Simmons muy enferma, viruela”. Había contraído la enfermedad de un conductor de carreta de bueyes que habían contratado. La viruela hemorrágica confluyente es una enfermedad altamente contagiosa y temida. Grandes llagas que supuran y sangran se comen la piel y las partes vitales del cuerpo.

Tan pronto como llegaron las noticias a Buldhana, el hermano Fritzlan y una nueva misionera, la señorita Daisy Skinner, fueron a ayudar. Los tres misioneros hicieron todo lo posible por ayudar a la mujer enferma; pero pocos días después de que apareció la erupción, la enfermedad acabó con su vida. El hermano Fritzlan consiguió un pedazo de tierra del jefe de la ciudad, y en el centro de la parcela cavaron la tumba. En la India, con una enfermedad de esta naturaleza, el entierro debe ser lo más rápido posible, para evitar cualquier propagación de proporciones epidémicas. La señorita Simmons falleció alrededor de la medianoche del 13 de diciembre de 1912. Los misioneros celebraron un breve servicio y, antes del amanecer, tuvieron que enterrarla. Algunos meses más tarde, una piedra plana de longitud completa, tallada en mármol blanco, se terminó y colocó sobre su tumba.

Como ningún misionero podía enviarse a Jamner para quedarse permanentemente, la tumba quedó descuidada, y el polvo sopló sobre ella y borró todo signo de su existencia. Veinte años más tarde, un predicador indio de Jamner, dijo que lentamente estaba creciendo un santuario en la tumba de la misionera. El viento y la lluvia monzónica habían descubierto uno de los marcadores de las esquinas, y las mujeres musulmanas que pasaban por un sendero cercano lo notaron. Raspando con un palo, dejaron al descubierto parte de la lápida, con mensajes extraños y tallados en un idioma desconocido para ellas. Estaban seguras de que un *acompañante*<sup>28</sup> subía desde la tierra. Comenzaron a adorar allí, y dejaron pequeñas ofrendas para apaciguar al espíritu y persuadirlo de que se fuera. Alguien de Buldhana fue a Jamner, limpió el resto de la piedra, le explicó a la gente qué era y se quitó el santuario.<sup>29</sup>

En el verano de 1913, el presbítero A. D. Fritzlan y la señorita Daisy Skinner, se casaron. Subieron a Jamner para continuar el

trabajo, pero tuvieron que regresar a Buldhana cuando Papá tuvo que ir a Calcuta.

Jamner era el extremo noroeste de nuestro distrito, y Mehkar estaba en la esquina sureste. En 1912, los Campbell bajaron a Mehkar.

Alquilaron una casita escuálida, apenas más que una choza. Allí nació una niñita, y con sus tres hijos varones, conformaron una gran familia. Había muchas enfermedades en Mehkar. Su segundo hijo, un niño de cuatro años, murió en 1914. Hay un precio por la consagración de un misionero. Los Campbell regresaron a Estados Unidos en 1915 y un predicador indio estaba estacionado en Mehkar.

Poco después de que Jamner y Mehkar abrieran por primera vez, la Primera Guerra Mundial se desató en Europa. Los precios comenzaron a elevarse. La correspondencia importante se enviaba en barcos de torpedos, y tenía que reenviarse por duplicado y por triplicado. Los cables se ataron, o destruyeron. La sospecha rondaba a todos. Papá, un sujeto británico-canadiense, fue llamado al servicio. Con nuestros corazones hundiéndose, Papá fue a Akola para reportarse. Allí, el examen médico descubrió que tenía venas varicosas, y que no sería apto para la infantería, pero se le pondrían otros deberes. Durante semanas, no supimos cuál sería el resultado. Luego vino una orden del gobierno: que todos los misioneros británicos debían quedar exentos del servicio activo. A cada uno se le pidió que regresara a su estación, y mantuviera al país bajo control de la manera más efectiva posible. Podrían servir mejor a su nación desalentando cualquier problema local, aliviando así al imperio de la necesidad de retener tropas allí. Así, como un manojo de hierba plantado en la cima de un posible deslizamiento de tierra, Papá regresó a su puesto, puso sus raíces de influencia en lo más profundo y siguió adelante.

Cuando el Dr. Reynolds realizó su primera gira mundial de misiones nazarenas, en 1914,<sup>30</sup> una de sus paradas importantes fue en Khardi, en el distrito de Thana de la Presidencia de Bombay, a 96 kilómetros al noreste de Bombay. Anteriormente en su viaje, el Dr. Reynolds había desarrollado una política para el trabajo en Japón. Ahora dirigió a los misioneros en la India, en el desarrollo de una política similar para el trabajo en ese país. Las políticas de misión para Japón y la India, se convirtieron en una plantilla para una política general de misiones, adoptada por la Junta General de Misiones Extranjeras para cubrir todos los campos. Mientras tanto, la Misión Pentecostal de Nashville, bajo la dirección del reverendo J. O. McClurkan, había establecido un trabajo próspero allí en 1903. En Khardi estaban el Pbro. Roy Codding y su esposa; en Vasind, la señorita Eva Carpenter; y en Murbad, la señorita Jessie Basford. El Dr. Reynolds regresó a los Estados Unidos para usar su influencia, para unir a este hermoso cuerpo de personas a la Iglesia del Nazareno. Al año siguiente, los organismos de los Estados Unidos se unieron, y los dos distritos de la India se convirtieron en uno, en junio de 1915. En la asamblea especial del 21 de julio, el Pbro. Roy Codding fue elegido como superintendente; dijo que su gran deseo era que fuera una “fusión”, en lugar de solo una unión. Representantes de las tres secciones de este nuevo distrito estuvieron presentes: Buldhana (donde se conocieron), Calcuta, y Khardi.

Uno de los primeros actos después de la unión, fue llevar a los niños de la propiedad Dhamandari, en Buldhana, a Khardi. El hermano Codding se enfermó gravemente, y tuvo que regresar a Estados Unidos a fines de 1917.

Parece que la mayoría de los misioneros han pasado sus vidas mudándose. No fuimos la excepción. Cuando los Codding se fueron, los



Tracy nos mudamos a Khardi, que era un lugar agradable. Estaba en las rutas de ferrocarril, y cerca de Bombay e Igatpuri. Había un buen complejo cerrado con cactus, una larga caminata en pendiente hasta el bungalow principal, otro bungalow cerca, y mucho espacio para la escuela y otros edificios. En el recinto se sembraron árboles de sombra y árboles frutales: limas, limones, mangos, plátanos y papayas. Las preciosas enredaderas de Rangún crecieron profusamente sobre la terraza, balanceando sus racimos llenos de flores rosas y blancas colgantes. Desde nuestra pequeña colina, podíamos ver a los Ghats occidentales, casi rodeando el horizonte.

Habíamos estado viviendo en Khardi durante seis u ocho meses, cuando la junta de la misión en casa, decidió cerrar la escuela de niños. Fue un shock para Papá porque, aunque la escuela no estaba mostrando los beneficios que debía, Papá estaba poniendo las cosas en orden para tener un mejor funcionamiento. Trasladaron a la mayoría de los muchachos a Buldhana, y dejaron a Papá en libertad para hacer evangelismo de tiempo completo.

Ningún día en la vida de un misionero es típico. Cada uno viene completamente provisto con sus propios eventos nuevos, inusuales y completamente inesperados. Un domingo en Khardi fue justamente un día de esos. Comenzó con una visita en el pueblo, a un hombre que padecía de úlcera séptica. Papá tuvo que quedarse y beber té con los hospitalarios y agradecidos familiares.

Una parada, en una reunión de la escuela dominical en un establo del pueblo, conmovió su corazón, cuando escuchó a una clase de niños que aprendían el Padre Nuestro y otros versos. En la clase de hombres, escuchó al pastor local exponer enérgicamente Santiago 1:22. Agarrando a un hombre que estaba en cuclillas en el suelo, cerca de él, el predicador se asomó a su oído para ver si había un agujero

que lo atravesara de oreja a oreja. “Si alguien oye con un oído y lo saca por con el otro”, dijo el predicador, “debe tener la cabeza hueca, y se notará.

“Dios nos ha dado esta cosa de tipo abanico fuera de nuestras cabezas”, continuó, tirando de la oreja del sujeto, “y nos dio un aparato dentro de nuestras cabezas para transmitir el sonido a nuestros cerebros”, dijo, golpeando la cabeza del hombre con un golpe fuerte. “Y se espera que recordemos y practiquemos la Palabra que escuchamos”.

Riéndose por la demostración, Papá volvió al bungalow, a prepararse para la reunión de la tarde. Después del servicio, una mujer pidió que le sacaran dos dientes que le causaban problemas. Entonces, Papá dejó su Biblia, sacó las pinzas, le pidió a la mujer que se sentara en el suelo, y le sacó los dientes rápidamente.

En el servicio vespertino celebrado en el establo, la multitud era un poco escasa. Entonces, Papá descubrió que había una compañía de cantantes de baladas populares en la ciudad. Los invitó a entrar al servicio y les pidió que cantaran para la audiencia combinada, especificando que sería una canción limpia, no una del tipo escabroso, común de tales cantantes itinerantes. Para su sorpresa, cantaron un himno: “¿Qué significa la salvación?” Encantado, Papá tomó prestado su órgano plegable y envió a buscar a Mamá. Mientras tocaba, disfrutaron de una inspiración de cantos cristianos. Luego, le predicó a la variada congregación.

Una compensación satisfactoria le llega a un misionero, cuando puede ganar a alguien “en el pozo de Samaria”, predicar a una congregación de una persona, y contar la maravillosa historia de Jesús, la historia del amor. ¡Amor! Era un pensamiento innovador para la mente hindú. ¡Quién ha oído hablar de un Dios que no se

enoja por alguna razón abstracta y absurda, que siempre escucha las oraciones, sin tener que ser despertado con campanitas, para aceptar un puñado de grano u otra ofrenda pequeña, para transmitir de manera tangible la idea al ídolo al que se le estaba pidiendo una petición!

“El amor es la forma más excelente”, dijo el Superintendente del Distrito Indio S. J. Bhujbal, hablando a los misioneros en su reunión del concilio. “La iglesia india los ama. Le pido a los misioneros que los amen también. El amor es el vínculo entre Dios y el pecador. Cuando su amor se derrama en nuestros corazones, no podemos evitar amar. El avivamiento vendrá a través de esta manera más excelente. La victoria se ganará a través de este gran amor”.

El amor fue, durante toda la vida de Papá, su único mensaje para el pueblo indio. Recuerdo estar sentada cerca de una ventana abierta que daba a nuestro porche en Khardi, y escuchar a Papá hablar con un anciano, que había entrado dolorosamente en el complejo por un poco de medicina.

---

**El amor fue, durante toda la vida de Papá, su único mensaje para el pueblo indio.**

---

Alguien le había dicho que el misionero lo ayudaría. Cuando Papá hizo lo que pudo por las profundas llagas del hombre, se sentó con las piernas cruzadas sobre la estera frente al él, y comenzó a hablarle lenta y sencillamente de Jesús y de Su amor. “¿Qué es lo que usted dice?”, preguntó el hombre. “No entiendo. ¿Yesu Crist? ¿Qué dice que Yesu Crist hará por mí?”

Pacientemente, Papá lo repitió.

“¿Por qué nunca he oído hablar de este nuevo Dios antes?”, dijo temblando. “Soy un hombre viejo; no puedo entender. ¿Por qué alguien no me lo dijo antes?”

“No pude venir antes”, respondió Papá con tristeza; “pero cuando esté en problemas o se esté muriendo, llame a Yesu Crist. Recuerde el nombre, Yesu Crist”.

“¿Yesu Crist?” Temblaba cuando se puso de pie, y se detuvo un minuto, balanceándose, antes de comenzar a caminar por el sendero.

“Sí. Cuando esté en problemas, llamo a Yesu Crist. Yesu Crist”.

A medio camino de la puerta, se volvió y miró hacia atrás.

“¿Yesu Mata?”, dijo con dolor, y reconoció el nombre de la diosa de la viruela de los Gond, un pueblo dravidiano de la India central.

“¡No, no, viejo! ¡*Yesu Crist, Yesu Crist, Yesu Crist!*”

Y salió lentamente por la puerta y por el camino, murmurando: “Yesu Crist, Yesu Crist”.

Papá permaneció largo tiempo en el porche, y luego se dijo a sí mismo en voz baja: “Todo el que invocare el nombre del Señor, será salvo. Viejo, tal vez te encuentre allá, después de todo. Entonces entenderás”.

Cuando Papá entró en el bungalow, había lágrimas corriendo por sus mejillas.

# Capítulo 8

## Había en mi corazón como un fuego ardiente

Jeremías 20:9

La Abuela era una gigante; la Abuela era una pequeña polilla. La Abuela era una torre de hierro; la Abuela era suave y gentil, y se consumía de compasión por los enfermos y los que tenían problemas. Rígida en disciplina, austera, aguda, rápida, enjuta, alerta al mal, severa y sólida como la costa rocosa de su Nueva Inglaterra; la Abuela vivía estrictamente por reglas y por principios.

A veces tenía que hacerse cargo de nosotros cuando éramos pequeños, así que, a menudo, sentíamos sus correcciones nada dóciles, aplicadas de manera inteligente. Aunque nos salían chispas de mal genio, las llamas de nuestro mal temperamento se apagaban abruptamente como fósforos a medio quemar ante el huracán de sus castigos. La abuela nos cosía ropa. Curaba nuestras pequeñas heridas. Nos contaba largas historias de su infancia en Vermont, sobre los arroyos de montaña fríos y rápidos, y los molinos de lana donde su padre era teñidor químico, y cuentos de su escuela de campo. No había mucho que pudiéramos entender. Pero conocíamos la mirada en sus brillantes ojos azules; y, si presionamos lo suficiente, nos contaba las

historias de nuevo, y nosotros quedábamos encantados. La mayoría de las veces corríamos descalzos, pero los domingos era nuestra cruz el tener que usar zapatos y medias gruesas. La Abuela, dándose cuenta de nuestra irritabilidad y de nuestros pies apretados y con picazón, nos leía para hacer más cortas las largas tardes, hasta que llegaba nuestra liberación: la hora de dormir y las mañanas de los lunes.

La Abuela Ella Winslow Perry, nació en Weathersfield, Vermont,

---

**La Abuela era una  
torre de hierro;  
la Abuela era  
suave y gentil, y  
se consumía de  
compasión por los  
enfermos y los que  
tenían problemas.**

---

el 20 de junio de 1856. No tenía ni 19 años cuando se casó con Nathan Perry, un joven ministro. Y se quedó viuda a los 28 años, con dos niños pequeños, cuando su joven esposo murió de neumonía. En algún momento, entre su muerte y su funeral, la Abuela se arrojó sin reservas a los brazos de Dios, y fue santificada. Nunca vaciló a partir de ese momento. Su fe la mantuvo estable durante los 17 años en

los que cosía, para darle una educación a su niño y a su niña. La sostuvo cuando su hijo se ahogó, siendo un profesor joven y talentoso. Esta misma consagración la impulsó a ir a la India.

Un claro y ardiente fuego de amor por los enfermos de la India, se transformó en la energía y el alto poder de las velas, símbolos de la vida que invirtió en ellos. Sin capacitación formal como enfermera, los escuchaba atentamente, obteniendo la esencia del maratí cuando conversaban, examinaba sus cuerpos enfermos; luego, entraba en su pequeña y oscura choza del dispensario, leía los libros y mezclaba sus propios remedios. Con la combinación de sus medicamentos y sus oraciones, la mayoría de sus pacientes se recuperaban. De acuerdo con los registros que la Abuela recopilaba anualmente para el gobier-

no, estimamos que durante sus años como Abuela misionera, atendió a casi 10,000 personas diferentes.

Tengo todo un álbum de fotos mentales de la abuela. Papá y mamá me dieron algunas, y unas las recuerdan vívidamente: la Abuela en su oscuro armario, cuando fue a recoger una blusa que se había caído al suelo, y puso la mano en los anillos de una cobra dormida; la Abuela tratando de cruzar un río poco profundo sobre un pasadero, perdiendo el equilibrio y cayendo, para su disgusto y nuestra enorme diversión; La Abuela rellenando los cojines con la pelusa sedosa del árbol de ceibo; la Abuela cocinando, cosiendo, haciendo gelatina a partir de los cálices de flor de jamaica; la Abuela, firme estadounidense, sacando su gran recetario antiguo con una foto de la bandera en su portada y colocándola sobre la puerta porque era 4 de julio, y no teníamos otra bandera con la cual celebrar.

La Abuela solía ir de gira con nosotros, llevándose sus medicamentos con ella, y repartiendo sus remedios, ungüentos y cataplasmas dondequiera que iba. Papá a menudo se reía, diciendo que con sus píldoras de quinina y aceite de ricino, la Abuela atraía a más personas como cristianos potenciales, que él con la predicación y la distribución de tratados.

Vivíamos en Khardi, en el distrito de Thana, cerca de Bombay; durante los últimos días de la vida de la Abuela, éramos las únicas personas de piel blanca en la ciudad. La Abuela, justo después de los 62 años, parecía estar preparándose para ir al cielo. El terrible calor la molestaba mucho; luego vinieron las lluvias, la estación fresca, y la Navidad. Fue alrededor de esa época, que Phil y yo nos enfermamos de varicela. Phil se había recuperado y estaba mejorando, cuando Papá y Mamá decidieron ir a Bombay por un asunto de negocios, llevándose a Martha y Phil con ellos. El bungalow quedó tranquilo y

solitario después de que se fueron, y empecé a llorar. La Abuela me tomó la temperatura, me preguntó cómo me sentía, y luego dijo: “¿Te gustaría alcanzarlos e ir a Bombay también? Si nos apuramos, creo que lo lograremos.”

Nos apresuramos, y la sorpresa que le dimos a los demás esperándonos en la plataforma, justo cuando el tren llegaba, valió la mitad del viaje para mí. Fuimos de compras, comimos en un buen restaurante, y nos regresamos a casa cansados pero muy felices.

Ese fue el viaje donde la Abuela contrajo el cólera asiático, que 

---

había alcanzado proporciones epidémicas 

---

leves en la ciudad. En ese momento, por supuesto, no lo supimos. Pero poco después, no se sintió bien, y cuando estaba acostada, un hombre vino del pueblo, pidiendo una medicina. La Abuela se levantó y se dirigió a la puerta para entregársela, pero cuando ella le entregó el ungüento, cayó a sus pies desmayada. Martha y yo la vimos caer, y corrimos gritando hacia la casa. Papá y Mamá vinieron rápidamente, la levantaron y la acostaron suavemente en su cama.

Los síntomas del cólera se desarrollaron rápidamente. Mamá y Papá hicieron todo lo que pudieron, siguiendo instrucciones de los libros de medicina, y aliviando su sufrimiento lo más posible. Cuando supo que partiría, pidió que la enterraran en la ladera detrás del bungalow, “como están enterrados los indios”. Eso significaba envolver el cuerpo en una sábana, y colocarlo en una tumba cruda y sin forro.

“No”, dijo Papá, “la llevaremos a Igatpuri”. Ella parecía estar satisfecha. Habló mucho sobre Jesús, su amigo, anticipando la alegría de verlo. A las ocho de la noche, apenas 28 horas después de que cayera a los pies del hombre indio, la Abuela fue a encontrarse con



su Amigo.

Hubo gratitud mezclada con lágrimas, cuando Mamá y Papá lavaron y vistieron el frágil y pequeño cuerpo: alegría y gratitud, porque había llegado al otro lado; lágrimas, porque no podía seguir con nosotros por más tiempo. Con ternura, la colocaron en el único transportador disponible, una puerta vieja, ahora envuelta en sábanas. Nosotros, los niños, la usábamos para jugar a deslizarnos por la colina cubierta de hierba. Era nuestra puerta, y nos sentimos muy contentos de tener algo que dar para que la Abuela lo usara. Mamá y Papá lavaron y desinfectaron todo lo que había en la habitación; se llevaron la ropa de cama, el colchón y la ropa a un pozo, quemaron y enterraron todo.

“Bienaventurados... los muertos que mueren en el Señor” (Apocalipsis 14:13), había leído la Abuela, de su porción de las Escrituras de la cajita de promesas, en nuestra última oración familiar. “Bienaventurados... los muertos que mueren en el Señor”, repitió Papá, con un nudo en la garganta y lágrimas corriendo por su rostro dolido. Luego, con palabras de esperanza y alegría, nos contó brevemente del glorioso cumplimiento de una vida consagrada completamente al servicio de su Maestro. Oró; fue una oración con quebranto y casi sin palabras, y fluyó a nuestro alrededor un bálsamo dulce y sanador, una fragancia que penetraba profundamente en nuestros corazones dolidos y vacíos.

Cuando nuestro servicio terminó, Papá y uno de los jóvenes predicadores se llevaron su cuerpo en tonga, en el largo viaje de 33 kilómetros a Igatpuri; mientras que Mamá y los tres niños, nos fuimos en tren. Tuvimos otro servicio en un hogar misionero allí, y luego, una serie de amables amigos cristianos siguió la pequeña carreta, tirada a mano, por la colina hasta el cementerio de la Iglesia de Inglaterra

para el servicio de entierro.

Hay un árbol que crece al lado de la tumba de la Abuela. Se llama el árbol de jazmín, el árbol del templo. Pero me gusta el nombre que la gente de Ceilán (ahora Sri Lanka) le ha dado: el árbol de la vida, ya que estallará en hojas y flores incluso si lo arrancan del suelo, un emblema de la inmortalidad. Solo deja de florecer unas pocas semanas, durante la estación de calor. El resto del año florece continuamente, extendiendo sus largas y estrechas hojas, y dejando caer sus flores, de color blanco sedoso y amarillo, como magnolias rizadas de cinco pétalos sobre su tumba. Y allí están, como un manto de belleza, frescura y fragancia, que contiene la vida y el perfume por más tiempo que cualquier otra flor conocida, hasta el día en que la Abuela ya no necesitará la tumba, sino que responderá al llamado de la trompeta para encontrarse con su Señor en el cielo.

Hay momentos en la vida de todos los siervos de Dios, cuando el celo por el servicio cristiano, la pasión por las almas y el llamado, se convierten en un compuesto candente de intensidad ardiente. Pero el cuerpo no puede mantener el ritmo; debe retirarse por un momento, debe tomarse un tiempo de licencia. Para algunos, este período es una tortura; tienen que volver a su campo de trabajo de inmediato. No pueden adaptarse a su país de origen. Habiendo estado lejos demasiado tiempo, su espacio en casa se encuentra ocupado; ahora son extraños.

Para otros, un tiempo de licencia es una aventura emocionante. Papá iba feliz a su segundo tiempo de licencia. Es cierto que había un sentimiento agudo de soledad: nadie nos recibió en el muelle. Pero la niebla de la bahía se levantó de repente, y las campanas de un centenar de iglesias resonaron por el barco, a través de las estrechas aguas, dan-

do la bienvenida al domingo. Habíamos llegado a San Francisco.

Era un mundo extraño para todos nosotros. “¡Cocheras!”, exclamó Papá, mientras notaba montones de ellas desde las ventanas del tren. “¿Qué es una cochera?”

El crecimiento gradual puede parecer bruscamente abrupto, cuando uno es catapultado a un mundo que avanza repentinamente hacia el futuro.

Para nosotros, los niños, todo era extraño, como si lleváramos gafas mágicas. Le tenía miedo al dinero. ¿Qué eran los dólares y centavos, monedas de veinticinco y de cinco centavos? La gente en la calle se detenía a mirarnos: nuestra ropa extraña, tal vez, o quizá nuestro color amarillo indio de tanta malaria y quinina. Se reían a carcajadas de nuestros extraños acentos. En la escuela, nuestros compañeros se burlaron de nosotros, incitándonos a una avalancha de protestas en maratí que los divirtió enormemente. Nos sentimos como insectos empalados en la punta de un alfiler, luchando.

La mayor parte de la gira misionera, la hizo Papá solo, o con otro misionero. Eso nos alegró. No nos gustaba sentarnos en la plataforma ni en los asientos delanteros, vestidos con trajes típicos, y sentirnos como terneros premiados en exhibición en una feria.

Durante unos ocho meses, Papá recorrió el país hablando de la India. Luego, tomó el pastorado que se le ofreció en Burns, Oregón, Estados Unidos. “Quería llevar a mi familia a un clima más frío para engrosar su sangre”, le escribió nuestro padre canadiense a un amigo. En ese deseo, ciertamente tuvo éxito. Para esos dos inviernos, el termómetro se mantuvo cerca de los 28 grados centígrados bajo cero, llegando unas cuantas veces a los -40 grados; y generalmente, había 60 o 90 centímetros de nieve en el suelo.

Fue una americanización maravillosa, adaptándonos y ajustán-

donos por dos años. Pero la educación era la pasión de Papá. Había perdido mucha educación formal en su juventud, y quería aprender mucho. En la India, compró libros sobre el país, los cultivos, el avance misionero, la filosofía oriental, las religiones, la música y otras áreas. En Estados Unidos, le escribió al Dr. H. Orton Wiley, presidente de Northwest Nazarene College en Nampa, Idaho; pero allí no había empleo, ni medios para mantener a su familia.

Mientras pastoreaba en Burns, Papá escribió para solicitar un curso por correspondencia. Estaba bien, pero no era suficiente. Entonces la universidad lo llamó; necesitaban un director para la academia. Así que, nos mudamos a Nampa en un viejo automóvil Dodge modelo 1919; Papá dio clases de ciencias generales, además de ser director, y Mamá dio dos clases en la academia de inglés.

Ese primer verano, Papá nos construyó una casa cerca de la universidad. Cuando terminaron la cochera, nos mudamos. Luego, cuando se completó el sótano, nos mudamos allí. Por fin, la casa estuvo lo suficientemente completa para una mudanza final. Recuerdo un sinfín de conservas para la comida del invierno. Todo lo que fuera barato, lo poníamos en frascos.

Todos íbamos a la escuela. El objetivo principal de nuestra estancia en Nampa, fue la educación de Papá. Como nunca había ido a la escuela secundaria, no tenía certificado. Los créditos obtenidos en el Pentecostal Collegiate Institute no eran válidos. Las autoridades de la universidad lo llamaron. “¿Idioma?” Ni latín, ni griego, pero había estudiado sánscrito con un experto indio; nada de<sup>31</sup> francés, ni de español, pero el maratí lo hablaba bastante bien, tenía un conocimiento práctico de bengalí y podía entender un poco de hindustaní. “¡Muy bien!” Repasaron la lista de requisitos, le hicieron un examen o dos, y le dieron créditos por dos años de universidad. Mamá había

terminado la escuela secundaria, más el primer año de la Universidad de Vermont. Entonces, le acreditaron otro año de universidad, y ambos se inscribieron en tercer año de universidad.

Los salarios comenzaban y cesaban con el año escolar. En el verano, estábamos por nuestra cuenta. Conformamos una tripulación y nos fuimos al cinturón de la fruta. Había huertos de cerezos en Idaho; luego fuimos hasta Washington por los duraznos, las peras, las ciruelas, las manzanas; y cuando no había nada más, recogíamos saltamontes. Con nuestras carpas en los huertos, todos trabajábamos. ¡Hacíamos cualquier cosa por un poco de dinero para ir a la escuela!

Para Papá, el pago era el aula de clases. Sentarse a los pies del gran teólogo H. Orton Wiley, fue la culminación de años de anhelo escolar. Tomó todos los cursos que pudo con el rector Wiley.

En junio de 1924, se entregaron tres diplomas a los Tracy. Fue un día de gala, cuando Papá y Mamá obtuvieron su licenciatura con los birretes, los vestidos de graduación y las capuchas. El mismo día, mi hermana, Martha, se graduó de la academia. Nos quedamos en Nampa un año más; entonces, el atractivo de obtener más educación nos movió al este. Viajamos en el viejo Dodge, y acampamos en carpas todo el verano a lo largo de los Estados Unidos, mientras Papá organizaba reuniones misioneras. Terminamos nuestra larga travesía frente al pórtico del Eastern Nazarene College, en Wollaston, Massachusetts. Aquí inclinamos nuestras cabezas, y Papá agradeció a Dios por el viaje seguro y, luego, encomendó a sus hijas al cuidado divino. Salimos del auto y allí, en el camino de grava, dividimos nuestros bienes, porque Martha y yo nos inscribiríamos aquí, y Papá, Mamá y Phil, seguirían adelante. Después de esto, a excepción de algunas vacaciones ocasionales de verano, nunca vivimos juntos como una familia unida.

La Kennedy School of Missions<sup>32</sup> es una gran sucursal de la

Hartford Seminary Foundation, y Mamá, Papá y Phil fueron a Connecticut. Papá y Mamá obtuvieron su maestría en misiones, y se sintieron finalmente preparados para dar lo mejor de sí al servicio del Maestro en la India. Pero hubo un retraso. Durante tres años, Papá pastoreó en la Iglesia del Nazareno en Binghamton, Nueva York, mientras esperaba.

El 7 de diciembre de 1929, navegaron en el Anchor Line. La misma iglesia que los había despedido y les había dado la bienvenida hacía muchos años, nuevamente los estaba despidiendo. Sentí que no podía estar sucediéndonos otra vez.

La gente revoloteaba a nuestro alrededor prometiendo orar, prometiendo ayudar, prometiendo invitarnos a verlos. Pero el pozo de mi autocompasión era profundo. Este no era *mi* llamado, *mi* consagración, *mi* sacrificio, ¿o sí? Luego se esfumaron, para dejarnos solos como familia.

Bajamos a la cabina. Papá oró en voz baja, apenas era más que un susurro quebrantado, y nos encomendó nuevamente a Dios. Él y Mamá nos abrazaron un último instante; luego, los ruidosos gongs resonaron a través de los pasillos, empujándonos frente a su estruendo hasta que nos arrastraron, como a basura no deseada, fuera del muelle.

Nos quedamos allí, aturdidos, vagamente conscientes de que el barco se estaba alejando, y saludamos mecánicamente, hasta que solo se veían unas caras borrosas a lo largo de la barandilla. Por unos minutos, no vimos a Phil; luego, lo encontramos al otro lado del muelle, mirando a la nada; Phil, en plena su adolescencia, necesitando tanto a su padre.

Los periódicos estaban llenos de noticias de fuertes tormentas en el Atlántico Norte, pero nuestra primera noticia de parte de Mamá y Papá fue un cable: habían cruzado sin problemas, y esperaban pasar

la Navidad en Londres.

Se dice que el tiempo lo cura todo y, de alguna manera, lo hace. Cambiamos el patrón de nuestras vidas. Encontramos cosas para ocuparnos. Nos graduábamos, y nosotros éramos los únicos de la familia en aplaudir, cuando recibíamos nuestros diplomas. Conseguimos pequeños trabajos en los años de depresión, en los que no había empleo. Y el tiempo trajo, eventualmente, la percepción de que ese *era* nuestro llamado, y ciertamente, nuestra consagración y sacrificio. Habíamos ayudado a Papá y Mamá en el pasado, y no íbamos a fallarles ahora. El trabajo siempre fue primero en la India, y todavía debía tener la máxima prioridad.

Con la resiliencia de la juventud, secamos las lágrimas en nuestros corazones, escribimos cartas largas, novedosas y alegres, enviamos paquetes y fotos instantáneas, e hicimos todo lo posible para esperar el gran momento en que nuestros padres estuvieran en casa, en casa, en casa con nosotros otra vez.

Durante su larga estancia en los Estados Unidos, se habían producido cambios en la India. Diecisiete nuevos misioneros habían sido enviados en un lapso de dos años. Algunos se quedaron por períodos cortos y regresaron a casa. La señorita Viola Willison murió. El Dr. H. F. Reynolds visitó la India nuevamente en 1921, y el Dr. George Sharpe, de Escocia, nombrado superintendente misionero, visitó la India dos veces antes de que la disminución de los fondos provocara la interrupción de la oficina. Los Coddling, los Franklin y los Fritzlan, regresaron de sus periodos de licencia. En poco tiempo, la salud del hermano Coddling se deterioró, y tuvieron que regresar a los Estados Unidos. Eva Carpenter y Jessie Basford se fueron en 1920.

Hubo un movimiento constante de misioneros, para dotar de

personal a las estaciones de misión vacantes.

En un trágico accidente automovilístico, el 22 de noviembre de 1928, la señora Fritzlan resultó gravemente herida, y su bebé, Horace, falleció. Pasaron un año recuperándose en Londres, pero la señora Fritzlan nunca se recuperó completamente de su brazo derecho. Habían dedicado un total de 21 años de servicio a la India, cuando finalmente regresaron a casa.

En 1919, el hermano Fritzlan y Papá llevaron a cabo algunas reuniones cerca de la frontera de Mogalai, en las cuales, varios miembros de una casta de ladrones se habían salvado. Para ellos, el robo era una profesión hereditaria y honorable. Era su único negocio. Mientras Papá estuvo en los Estados Unidos en su año de licencia, el hermano Fritzlan continuó trabajando con ellos.

Un día, miró por la ventana de su casa en Buldhana, y vio a varios prisioneros esposados que eran llevados a la cárcel. Se sorprendió mucho al ver a algunos de sus nuevos convertidos en el grupo. Salió a investigar. Le dijeron que se había cometido un robo en el área de su aldea, y que habían sido arrestados, por principios generales, basados en sus antecedentes.

“Sahib”, dijo la policía, “estamos cansados de estos hombres. No podemos hacer nada con ellos. Durante años, han sido un problema constante para nosotros. Llenan nuestras cárceles. Son malos. Ahora dicen que se han convertido en cristianos y ya no son ladrones. Sahib, si esto es verdad, se los entregamos. Si saquean y roban, usted será el responsable. Son suyos”.

Tan grande fue la fe del misionero en la obra de gracia forjada en el corazón de estos hombres, que no solo asumió el riesgo y la responsabilidad de su comportamiento, sino que también les dio alojamiento en su patio y les enseñó oficios honestos. Dos veces



cada noche, la policía iba por el camino de atrás de sus habitaciones, pasaba lista y despertaba a los hombres para que respondieran. Continuaron haciendo esto durante más de un año, antes de convencerse de que los hombres eran cristianos genuinos. Durante más de 30 años (según el último recuento), estos hombres han permanecido fieles a Dios. Ninguno ha vuelto a su antiguo oficio.

Mientras Papá y Mamá viajaban en tren y barco de vuelta a la India, Papá pensó en el trabajo que le esperaba. Sus notas garabateadas revelan el patrón de sus pensamientos:

Alentar un espíritu de oración.

Fomentar un sentimiento de responsabilidad en los pastores e iglesias.

Fomentar el canto espiritual, utilizando música india.

Desarrollar campamentos y convenciones.

Desarrollar la traducción y publicación de la literatura de santidad.

Edificios de hospitales y escuelas.

Buscar cómo lograr más, con menos dinero.

Estudiar la vida de las personas.

No fosilizarse.

Papá sentía profundamente que era hora de avanzar y construir, de moverse hacia el pleno establecimiento de la iglesia.



# Capítulo 9

## Mis ojos pondré en los fieles de la tierra

### Salmo 101:6

El 29 de octubre de 1929, Wall Street colapsó, y la depresión cubrió el mundo como una tormenta de hielo veloz y paralizante. De la noche a la mañana, el dinero se congeló, las fortunas desaparecieron y los bancos cerraron sus puertas para no volver a abrir. Los valores se desvanecieron, las organizaciones se arruinaron, y millones de personas se encontraron en la pobreza y completamente desamparadas. La mayoría de las iglesias sufrieron agudamente, aunque lograron sobrevivir, pero muchas de las estaciones de sus misiones, murieron.

Papá y Mamá, ya con cita previa, salieron a tiempo, solo 39 días después de la gran crisis. Los efectos paralizantes de la recesión, los retiros y revocaciones, empezaron tan pronto como llegaron a la India. El concilio se reunió en enero y eligió a Papá como superintendente, a pesar de sus protestas. Presidieron los superintendentes generales Goodwin y Williams. Las noticias desde casa eran definitivamente alarmantes. El dinero de la misión estaba menguando; la gente no tenía para dar. Parecía imposible mantener lo que los campos misioneros ya tenían. La consolidación estaba sucediendo en todas partes.

El concilio deliberó. El distrito de Thana tendría que cerrar de inmediato. Los McKay debían venir de Khardi, y la señorita Mellies y la señorita Muse, de Murbad, y todos debían quedarse temporalmente en Buldhana. Las escuelas tratarían de continuar en un nivel mínimo. Los niños se quedarían en la granja, y las niñas continuarían en el internado de la Escuela Metodista Libre.

En el lado de Kishoreganj, solo quedaban 3 misioneros donde antes había 13. La hambruna, terremotos y los trastornos políticos, habían dañado todo el trabajo de la misión. Sin embargo, la misión de Kishoreganj mostró más ganancia que cualquier otra allí. La Junta de Superintendentes Generales acordó darnos un año de prueba; pero cuando llegaron a casa, la depresión era tan grave, que enviaron la noticia que el trabajo de la India oriental debía cerrarse, y transferir lo que pudiera llevarse al lado occidental.

El 1 de marzo de 1931, Mamá y Papá se despidieron de los Franklin y la señorita Varnedoe en el muelle de Calcuta, y regresaron para concluir los detalles legales de la propiedad.

En medio del cierre de su trabajo en Murbad, la señorita Eltie Muse se enfermó. Los misioneros pidieron una ambulancia y una enfermera de un hospital en Bombay. Cuando la enfermera entró en la habitación de la señorita Muse, le echó un vistazo, y dijo: “viruela”.

El personal del hospital trabajó valientemente para salvarla, pero era el peor tipo de esa repugnante enfermedad, la misma que años atrás había cobrado la vida de la señorita Pearl Simmons. El 16 de marzo de 1930, murió. Cuatro misioneros asistieron al discreto funeral, y la depositaron en un cementerio europeo en Bombay. La señorita Amanda Mellies ayudó a Mamá y Papá a ordenar los objetos personales de la señorita Muse. Cuando se legalizó el testamento, se

le otorgó a Papá, como superintendente, un Ford A modelo 1929 para que lo usara en el trabajo de la misión.

Papá estaba muy entusiasmado. Era su primer carro en la India. Durante los 10 años que estuvo en los Estados Unidos, las cosas habían cambiado, y muy pocos viajes misioneros se realizaban en tonga y carreta. El Modelo A casi volaba sobre el distrito, con alas de gasolina. Papá llevaba un pico, una pala y un muchacho en la parte trasera de su auto, como equipo estándar para nivelar la parte alta de la carretera y remover rocas, para que la junta universal (tri-poide) y el diferencial pudieran protegerse.

¡Escuela! Desde el comienzo de su carrera como misionero, en 1904, Papá había soñado con terminar su educación, y con ello compartió su deseo de brindar educación a los niños y niñas de la India. Cuando el misionero mayor lo asignó como director de la escuela, Papá estaba encantado. Fue una amarga decepción cuando el personal principal se retiró bruscamente, y se llevó consigo a los escolares. Fue un pequeño consuelo que algunos de los niños regresaran con el transcurso de los años.

Pasaron muchos años antes de que el sueño de una escuela pudiera realizarse nuevamente. Pero, finalmente, una pequeña escuela para niños comenzó de nuevo, y a medida que la comunidad cristiana creció, la necesidad de una escuela para niñas se hizo más apremiante.

Al principio, al pequeño grupo de niñas se le enseñaba dondequiera que hubiera espacio: una capilla, la casa de un misionero, o cualquier habitación que pudiera usarse, o algunas veces, simplemente, debajo de un árbol. Se hospedaban en la misión Metodista Libre. Finalmente, los Metodistas Libres pidieron a los nazarenos que trasladaran a las chicas, para hacer espacio para las suyas. Se encontró un terreno y se obtuvo dinero del Presupuesto General<sup>33</sup> para comprarlo. Iniciaron la

construcción del edificio en octubre de 1930, y lo terminaron justo a tiempo como para ocuparlo a principios del año escolar de 1932.

Los estadounidenses apenas si pueden darse cuenta de lo que se requiere para la construcción de un edificio en la India. Una firma de arquitectos de Bombay hizo los planos preliminares para la escuela, pero estaban a casi 500 kilómetros de distancia en tren, más 67 en carro. Lo primero que se hizo en el sitio fue erigir refugios temporales de esteras de bambú y tallos de maíz, para los trabajadores y sus familias. Luego, se construyeron dos carretas con barriles de hierro para transportar el agua. Papá compró un libro en Bombay, y aprendió a hacer tres tanques de concreto reforzado para contener el agua para la construcción. Construidos en Buldhana, los tanques se transportaron 22 kilómetros a Chikhli. La madera se cortaba en la selva, se transportaba, y se aserraba en el terreno. La piedra para el zócalo se partía en la selva, se arrastraba al sitio, se recortaba a mano y se colocaba. La piedra partida para el metal de la carretera se astillaba a mano con mazos pequeños, se empacaba en los cimientos y se apisonaba en los pisos. Las pequeñas piedras calizas se recolectaban en lechos de ríos y campos cercanos, se entregaban en tan solo un pie cúbico, se cocían en el horno, se mezclaban con arena y agua, y se trituraban en un mortero con dos molinos construidos en el sitio, y que funcionaban con la ayuda de novillos.

Se terminó un buen edificio en forma de U, adecuado a las necesidades, al clima y al país. También se construyó un hogar para el misionero que estaría a cargo, y se cavó un pozo. A lo largo de dos temporadas de calor, Papá y Mamá se quedaron con el trabajo de construcción. Cuando, en 1931, fueron a Darjeeling en la temporada de lluvias, recibieron un alegre telegrama de tres palabras del presbítero John McKay: “¡Agua, agua, agua!”

El día de la dedicación fue el 6 de julio de 1932. Papá y Mamá, cansados de los largos meses de supervisión, no estuvieron allí. Habían ido a Udthagamandalam, en unas vacaciones muy necesarias. Pero Papá predicó en el servicio de capilla cuando regresaron.

Sería maravilloso decir que, a partir de este momento, se obtuvieron ganancias constantes y grandes victorias en el trabajo en la India. Sin embargo, la desagradable verdad es que, dos años después de que sacrificialmente se completara el edificio, se cerró la escuela. Lo mismo pasó con todas las otras escuelas, y algunos de los pastores tuvieron que ser despedidos. La caída en el valor del dólar agotó los fondos de la misión.

Estas medidas drásticas duraron solo un año. Se hicieron apelaciones, la iglesia en casa se unió, las personas dieron con sacrificio y, en julio de 1935, se reabrieron las escuelas.

No hay una sola iglesia organizada que no tenga problemas propios. La iglesia en Hatedi tenía tales problemas. Nuestro primer converso, Babaji, estaba haciendo un importante trabajo como colportor en las cercanías, y reuniendo a un pequeño grupo de cristianos. Teníamos buenos amigos allí, pero también teníamos enemigos acérrimos. Nadie le alquilaría una casa a Babaji para que pudiera vivir. Papá le compró a un hombre que vivía en una aldea a casi cinco kilómetros de distancia, el único terreno adecuado con un pozo en todo Hatedi. Se hizo casi en secreto, por temor a que la gente persuadiera al hombre de no vender. Unos días después, cuando Papá fue a vigilar el lote e hizo planes para erigir una casa,

---

**Sería maravilloso decir que, a partir de este momento, se obtuvieron ganancias constantes y grandes victorias en el trabajo en la India. Sin embargo...**

---

el jefe de la aldea y sus amigos vinieron, y le dijeron que el hermano del vendedor era el propietario de la parte que daba a la carretera. Sabiendo que estos casos a menudo suceden, Papá pensó que podría ser posible; pero cuando el jefe no pudo presentar al hermano, Papá concluyó que era un engaño y decidió cancelar el asunto. Al clavar las estacas y trazar una línea entre ellas, declaró que esa era nuestra tierra y que pondríamos cercas sobre esas líneas. Si alguien tenía una reclamación, podría presentarla ante el tribunal y la resolveríamos allí. El jefe y todos los aldeanos estaban parados alrededor. Tomando su cámara, Papá les tomó una foto, y les dijo que si había problemas, podría llamarlos a todos como testigos, y no podrían decir que no estaban presentes, porque él tenía la foto como prueba. Un murmullo de consternación recorrió la multitud, y el “hermano” nunca apareció. Se construyó la casa; el predicador trabajó fielmente en el área, y muchos se convirtieron. El jefe y algunos de sus amigos, se convirtieron en buenos amigos de Papá en los últimos años.

El problema de la joven iglesia en Manubai era externo al principio, pero más tarde se convirtió en una lucha interna.

Las castas dominaban todo entre los hindúes en aquellos días. Cuando eran hindúes, los miembros del grupo que ahora era cristiano habían obtenido agua de un manantial cercano; pero cuando el manantial se secó inexplicablemente en una temporada de sequía poco después de que se convirtieran, naturalmente culparon a los cristianos. “Ustedes dicen que su Jesús está vivo”, se burló la gente de la casta, cuando iban a otro pozo por agua, “Vayan y pídanle agua”. Derramaban solo un poco y, a regañadientes, se la daban a los cristianos. Pero la idea con la que tan sarcásticamente se habían burlado, sonaba bien. Había un espacio vacío directamente frente a sus chozas de barro. Estaba agrietado y seco por el intenso calor, pero



las personas se reunieron en él, se arrodillaron y le pidieron a Dios, en el nombre de Jesús, que les diera agua. Luego, comenzaron a cavar un pozo.

Bajaron unos dos metros, chocaron con una roca, y solicitaron a la misión que les diera pólvora. Enviaron a un hindú que conocía sobre explosiones de roca, junto con la pólvora, para supervisar el trabajo. Cada que avanzaban un poco, se detenía y pedía que se ofreciera un coco a sus dioses. Pero los trabajadores se negaron, y seguían avanzando sin él. Mientras estaba sentado, los cristianos siguieron cavando hasta que, finalmente, se les unió. Una noche, cuando estaban recogiendo sus herramientas, la roca se veía húmeda. Metieron un trapo en una grieta. Por la mañana, el trapo estaba mojado. El emocionado hindú dijo que no iba a bajar al pozo hasta que se sacrificara una cabra.

Como antes, los cristianos bajaron y comenzaron a trabajar sin él. Pronto, el tembloroso hindú bajó también. Unos días más, y el pozo llegó a los 4.5 metros de profundidad. Se disparó una carga, y el agua entró tan rápido, que tuvieron que darse prisa para sacar el resto de la basura y las herramientas. Se construyó un muro desde la roca hasta la superficie del suelo, se colocaron las piedras superiores adecuadas y, al día de hoy, no hay mejor agua en todo el pueblo. El pozo es un monumento al hecho de que Jesucristo vive, y responde las oraciones de fe. Nunca se ha secado, ni siquiera en la sequía más severa.

Era la costumbre de este grupo de cristianos, celebrar una reunión de oración en el centro de su sección de la ciudad cada mañana, antes de ir a su trabajo. Esto duró por mucho tiempo, hasta que un día, alguien rompió la armonía y provocó tanto revuelo en la aldea, que casi todos los cristianos se involucraron. Muchos estaban dispuestos a renunciar a su fe. En medio de la desesperación, una delegación

llegó a Buldhana, a 48 kilómetros de distancia, pidiéndole a Papá que fuera a Manubai y resolviera sus problemas. Papá envió a la delegación nuevamente con instrucciones sobre cómo resolver las cosas, pero no estaban dispuestos a aceptar su consejo. Se envió un segundo mensaje, diciendo que si él estaba demasiado ocupado para acudir a ellos, ¿podrían ellos acudir a él?

“Sí”, respondió Papá. “Los escucharé, pero deben seguir estas instrucciones:

Todos los que estén involucrados en el asunto deben venir. Cuando estén listos para salir, deben celebrar una reunión de oración en la que todos deben orar. Cada cinco kilómetros a lo largo del camino, todos deben salir de sus carretas y tener una reunión en la que todos deben orar. Cuando lleguen, si cumplen con estas condiciones, escucharé sus problemas y emitiré un juicio por ustedes”.

Los cristianos de Manubai aceptaron los términos. Pero nunca llegaron a Buldhana. Antes de que terminara la primera reunión de oración, se eliminaron sus diferencias y sanaron sus heridas.

La mayoría de nuestros pastores, solo unos pocos años atrás, habían dejado la idolatría, las ideas y los patrones de vida que les habían transmitido durante generaciones. A lo largo de los años, se desarrolló un sentimiento entre algunos, de que la misión estaba favoreciendo a unos sobre otros; la antigua casta a la que cada cristiano había pertenecido jugó un papel en el descontento, bajo la corriente de insatisfacción.

Los misioneros estaban conscientes de que había un bloqueo de algún tipo para el avivamiento por el que tanto se había orado. La unidad y el compañerismo, tan necesarios entre los predicadores de un distrito unido, no existían. Pero nadie estuvo preparado cuando, en medio de los negocios del distrito, ciertas insinuaciones poco

encubiertas, repentinamente se convirtieron en acusaciones abiertas, lanzadas como rayos, de un lado de la habitación al otro. Algunas eran quejas justificadas; otras, no.

Papá presidía como superintendente de distrito, y después de que terminó la primera conmoción, pidió un receso prolongado de los asuntos de la convención y cambió el orden de la reunión. Ahora era el momento de barrer el armario y limpiar los corazones de lo que no debería estar allí. Todos tendrían la oportunidad de hablar por turnos durante el tiempo que quisieran hacer uso de la palabra; no se repetiría nada después de que se hubiera dicho, a menos que se añadiera algo nuevo. Esto continuaría hasta que no hubiera nada más que decir. Al pedir a los que podían escribir que tomaran notas, y al instruir al secretario para que anotara las actas completas, Papá mismo hizo un registro detallado, y los otros misioneros lo hicieron también.

Durante tres días siguieron las acusaciones. Cada mañana, Papá o uno de los otros exhortaba a la asamblea, señalando que los desacuerdos de la iglesia no eran algo nuevo. La Iglesia cristiana primitiva tenía muchas diferencias vitales que resolver. A la mañana del cuarto día, todos guardaban silencio. No había nada más que decir.

Papá pidió un receso, indicando la hora en que todos debían regresar. Luego, encontró un trozo de alambre y lo torció, convirtiéndolo en una cesta grande. La noche anterior, mientras oraba, Papá había recibido inspiración divina. Colocó la cesta en el suelo de piedra de la iglesia, delante del altar.

“Todo está limpio”, les dijo en esencia. “Todo lo que han guardado en sus corazones está fuera ahora. Está en papel. Está en las notas que han tomado. Está en las notas que he escrito. Todo el registro está en las actas que el secretario ha llevado. Todo está aquí. Para

aquellos que no pueden escribir y no tienen notas, aquí hay papel para ustedes. Representa todo lo que han dicho, y todo lo que han escuchado en los últimos tres días. Estas notas y este documento, representan los años en que esto ha crecido en sus corazones. Aquí está mi registro. Lo coloco ante el altar de Dios en esta cesta. El secretario colocará el registro completo aquí también. Ahora vengan, todos ustedes, y pongamos esta cosa malvada en las manos de Dios”.

Solemnemente, en silencio, con rostros tensos, marcharon en una sola fila y colocaron sus notas o sus papeles en la pila de la canasta, delante del altar y fueron, desde allí, a pararse contra las paredes, en un círculo alrededor de la iglesia.

“Ya no queremos esto”, Papá dijo, medio predicando, medio orando. “Lo hemos puesto en tu altar, oh Dios, para que sea quitado de nuestros corazones. Que Tu Espíritu Santo lo queme y lo saque de nuestras almas, para que podamos ser uno, unidos, fusionados, unidos en Ti, para despejar el camino del avivamiento y difundir tu Evangelio”.

Todos los ojos observaron al Superintendente Tracy Sahib, mientras se acercaba a la canasta y tocaba con un fósforo los papeles apilados, luego retrocedía para unirse al círculo. Y cuando las llamas se alzaron en la canasta, el silencio respiró y palpité. Sus acusaciones se iban, sus diferencias ascendían en humo; sus pensamientos malvados, la amargura entre ellos, todo estaba siendo purificado en el refinado fuego del amor, la unidad y el perdón; los registros ardían hasta convertirse en cenizas negras, para que no se mantuvieran más contra ellos.

Cuando la última llama crepitante saltó y se apagó, las personas tensas, todas con las manos unidas en un círculo ininterrumpido, cantaron: “Bendito sea el lazo que une / Nuestros corazones en el

amor cristiano”. Una y otra vez lo cantaron, con sus rostros resplandeciendo con el gozo y la felicidad de Dios.

Como un gran volcán agitado, el veneno profundo fue expulsado, y por primera vez, la Iglesia del Nazareno en la India estaba completamente unida, lista para que un avivamiento se derramara sobre todos.

Las semillas sembradas en los años de fieles giras, se afianzaron al fin. Surgieron algunas áreas, algunos grupos de aldeas donde vivían personas que buscaban a Dios sincera y honestamente. A comienzos del año 1930-31, a Papá le pareció que había llegado el momento de culminar la temporada de giras con un período de cosecha. Se transmitió la noticia de que si la gente se reunía en dos lugares convenientes, Chikhli y Dhad, habría transporte en vehículos de la misión hasta Buldhana, para participar en la primera Reunión de Buscadores que se celebraría en nuestro distrito: seis días de evangelismo intenso.



Nuestra iglesia y congregación cristiana: Buldhana, Berar, India, 1930.

El informe cuenta:

“Esperábamos a unos 40 adultos, pero llegaron más de 125, y nuestros medios de transporte estaban al límite”, escribió Papá. “Si hubieran estado aquí, sus corazones se hubieran conmovido enormemente, como los nuestros. Allí llegaron hombres, mujeres y niños, en el carro de carga y el camión de

---

**La mayoría de los cristianos tenía que permanecer lejos; no había lugar para ellos en la iglesia.**

---

las aldeas, de un radio de aproximadamente 110 kilómetros; hindúes de las castas más bajas vinieron a una reunión de avivamiento con tres de sus propios sadhus, líderes religiosos, entre ellos. Todas estas eran personas líderes entre sus castas, personas sinceras que buscaban el camino de vida (los predicadores habían eliminado a los buscadores de curiosidades). Se erigieron carpas cerca de la iglesia. Los miembros comunidad cristiana llevaron a la gente a sus hogares, y se alquilaron dos casas. Muchos llevaron sus granos para comer. Fue la sensación de todo el campo.

La mayoría de los cristianos tenía que permanecer lejos; no había lugar para ellos en la iglesia.

El programa era de avivamiento e instruccional: enseñaba las fases doctrinales y prácticas del cristianismo. Por las mañanas, los predicadores y los misioneros predicaban. Por las tardes, los servicios se realizaban por separado para hombres y mujeres, con la oportunidad de orar y hacer preguntas. Los servicios por la noche eran evangelísticos, con la señora May McKay como predicadora. Prácticamente todos ellos fueron a orar, y oraron lo mejor que pudieron durante las reuniones. Algunos fueron varias veces.

Naturalmente, hubo oposición. Algunos se reunieron con la gente cuando salió de las reuniones, y discutieron en contra de lo que se había dicho. Algunos gritaron y soplaron cornetas afuera durante los servicios.

Doce fueron bautizados en silencio, el domingo en la iglesia.

El segundo año en que se llevó a cabo la Reunión de Buscadores, asistieron de nuevo unos 125. La mayoría de los que han asistido, no ha adorado a los ídolos durante muchos años”.





# Capítulo 10

## Voz de júbilo y de salvación

### Salmo 118:15

¡Una reunión de campamento en la selva! ¿Qué era eso? Los hindúes ciertamente no lo sabían. Tampoco los cristianos. Nadie lo había experimentado, excepto los misioneros. Las familias tendrían que abandonar sus hogares y su empleo durante unos días, e irse a un lugar deshabitado para adorar a Dios. Todos los que quisieran ir eran bienvenidos, pero era principalmente un tiempo refrescante para los cristianos. Se encontró un lugar en la llanura de las tierras bajas, al pie de los Ghats. Era fresco y agradable, ahora que las lluvias monzónicas habían terminado.

Se cortó un camino hacia el interior de la selva, aproximadamente de un kilómetro y medio. La maleza y los árboles pequeños debían limpiarse, antes de que se pudiera erigir un tabernáculo, refugios y casas de campaña, para las familias misioneras. El lecho del río, casi seco y pedregoso, tenía un poco de agua.

En la India, y otros contextos donde la mayoría de la población vive con ingresos muy bajos, la fidelidad a la iglesia y la misión, y los sacrificios realizados para asistir a una asamblea o reunión de

campamento, tienen un profundo impacto en la supervivencia de una familia. Perder el poco dinero que ganarían si se quedaban en casa y trabajaban, era un verdadero sacrificio. Y, sin embargo, fueron al campamento cantando. Aquellos que tenían carretas, las llenaron de platos, cereales, ropa de cama, linternas y queroseno. Engancharon los bueyes, ataron al búfalo familiar en la parte posterior para proveer de leche a los bebés, y se subieron a bordo. Algunos montaron bicicletas, pero la mayoría de la gente caminó, cargando sus suministros en paquetes que balanceaban sobre sus cabezas.

El costo total para todo el campamento ese primer año, fue de alrededor de \$70 dólares. Los que contaron, dijeron que hubo 451 asistentes.

Las reglas eran simples. Sus pequeños refugios familiares, hechos de esteras de bambú tejidas, debían manejarse con cuidado, porque las esteras y los postes se habían alquilado. Las hogueras de piedra para cocinar alimentos debían estar al aire libre, y no se permitía ningún fuego dentro del refugio. De ninguna manera, los campos de jowar vecinos debían tocarse.<sup>34</sup> Las reglas de saneamiento debían obedecerse estrictamente.

Ninguna serie de servicios de esta naturaleza termina, sin lo que se conoce como un “descanso”. Algo sucede cuando hay una oración y esfuerzo del alma tan intensos. Durante toda la semana, algunos habían salido después del servicio de la tarde, para encontrar un árbol o una roca en la selva donde pudieran orar solos. Otros se reunieron en grupos de acuerdo con sus edades. El sábado por la tarde, uno por uno, los chicos oraron. Los niños mayores, dirigidos por el Hermano Beals, rompieron la barrera primero, pidiendo perdón por la maldad, las peleas, la mentira y el robo. Uno por uno llegaron al fondo y prendieron fuego. Los niños más pequeños también estaban

orando. Hacia la tarde, los que estaban en el campamento empezaron a escuchar la marcha triunfal de la victoria, mientras 40 niños salían de la selva, de dos en dos, cantando a todo volumen y aplaudiendo. “*Yesu Masiki Jay*”, “Victoria para Jesús, el Mesías”, gritaban. El grito de respuesta que subía por el campamento era ensordecedor.

Abajo, en el lecho del río, había llanto. Las niñas mayores no habían tenido mucho progreso espiritual. “¿Puede pedir que vengan y oren por nosotras?”, le rogaron a la señorita Mellies. Ella envió un mensaje y el ejército de muchachos se dirigió hacia ellas. Rodeando a las niñas, los niños se arrodillaron en la arena, y las niñas comenzaron a orar en serio. Por fin, el grito de victoria completa se elevó, y entraron marchando. Estaba oscuro, y era tiempo para el servicio de la noche. Nadie pensó en la comida. Marcharon hacia el tabernáculo. Ochenta y cuatro habían conocido a Dios ese día.

La marea de la evangelización no terminó con la reunión del campamento. Por primera vez, los predicadores indios viajaron solos, sin un misionero que los acompañara. Los escolares formaron bandas de evangelización, y salían todas las semanas a predicar en las aldeas. Una banda llevó unos paquetes en sus espaldas, caminó 402 kilómetros y predicó en 40 aldeas diferentes. Algunos de nuestros mejores predicadores actuales, y sus esposas, eran niños y niñas que estaban en ese campamento. Tan grande fue el impacto en toda la comunidad cristiana, que en cinco años, la membresía de la iglesia aumentó más del 100 por ciento.

El interés de Papá en la propagación de la santidad no se limitó a la predicación, el estudio y la literatura. Cualquier idea o método utilizado por cualquier grupo, él lo examinó a fondo. “Los métodos que alguna vez fueron necesarios y exitosos, pueden necesitar una alteración progresiva”, decía Papá a veces. “Y, eventualmente, el

trabajo misionero, que en última instancia es de naturaleza temporal, finalmente debe dar paso a la organización grupal, la iglesia nativa”.

Eso era. Este era el objetivo por el que Papá había estado trabajando durante todos sus años en la India.: la iglesia, la iglesia india, para que fuera la organización llena del fuego y con el poder del Espíritu, que funciona para la salvación de las almas y la difusión de la santidad en la India.

El clímax llegó cuando la histórica primera asamblea fue oficial y, con entusiasmo, el 24 de noviembre de 1937, el distrito fue organizado, por el Superintendente General J. B. Chapman. Se ordenaron seis jóvenes. Y cuando este nuevo distrito de bebés emitió su primer voto, su buen juicio y discernimiento fueron evidentes, ya que eligieron a S. J. Bhujbal como su primer superintendente de distrito: un poderoso predicador, un gran ganador de almas y un buen organizador.

---

**Eso era. Este era el objetivo por el que Papá había estado trabajando durante todos sus años en la India.**

---

Exactamente 30 años desde el momento en que navegaron a la India por primera vez, Papá y Mamá abordaron el barco para ir a casa. Papá había podido servir solo 4 años y medio de su tercer periodo. En la reunión del Concilio de 1932, mientras hablaba en la sesión de apertura, su lengua y su garganta se congelaron de repente: no podía hablar. Durante aproximadamente un minuto se quedó allí, luchando, mirando a sus colegas, sin poder hacer nada. Mamá se levantó en un instante y corrió hacia él. El hermano Beals estaba muy cerca. Apoyándolo de cada lado, lo obligaron a sentarse en una silla; luego dijo: “Ya estoy bien”, y continuó dirigiendo la reunión. A partir de ese momento, no se le pudo dejar solo. Mamá lo acompañó casi a todas partes: una

vez, durmió sola en el automóvil por unas noches, mientras papá iba a otra aldea con uno de los indios.

El siguiente febrero, en 1933, ocurrió un ataque similar, seguido de un adormecimiento en su brazo derecho que subió hasta la axila, durante 20 horas. Más tarde, sus piernas se debilitaron, y comenzó a tener problemas con las venas obstruidas. A regañadientes, el Comité Ejecutivo del concilio reconoció la emergencia, y envió una solicitud a la junta en Kansas City, para el retiro de los Tracy.

Papá escribió su último informe al concilio. Después de esto, se quedó en cama por un tiempo, en un estado de agotamiento.

“¡El llamado!”, gimió a Mamá. “A veces, a lo largo de estos 30 años, era todo lo que me quedaba; y ahora, parece que también se ha ido”.

Pero Papá estaba equivocado. El llamado no se había ido, sólo se había trasladado a otro campamento. Y cuando, un año después, lo encontró de nuevo, fue tan real, tan desafiante como antes. Esta vez lo vio firme sobre Brooklyn.

¡La Iglesia de la Avenida Utica! Mamá y Papá se habían despedido de ella dos veces, y dos veces habían vuelto, y la iglesia les había dado la bienvenida. Y ahora, un año después de su regreso, la iglesia necesitaba un pastor, y descubrió que Papá estaba listo.

Cuando los inquilinos no abrían las puertas a sus llamados, Papá recurrió al correo para llegar a la comunidad. Pastoreó la iglesia y sirvió en el distrito, durante seis años.

Pero llegó el momento en que las actividades físicas de Papá tuvieron que disminuir, y luego, cesar por completo. Su corazón, debilitado a lo largo de los años por la fiebre reumática, la fiebre tifoidea y los ataques de malaria, comenzó a fallar. Durante un año y medio, continuó el trabajo de imprenta, recostándose cuando llegaban los ataques. Pero tuvo que renunciar a su iglesia.



Tracy en retiro en Brooklyn, Nueva York.

Los ataques se hicieron más largos, luego se intensificaron, hasta que, al final, la taquicardia paroxística se sumó a las cuatro dolencias mayores, y cinco menores, de su corazón. Después de dos batallas cortas y agudas, ya no pudo sobrevivir. Tenía apenas 60 años. Estábamos todos a su lado ese lunes por la noche, 28 de septiembre de 1942. Mamá y nosotros, sus tres hijos; la familia de Martha, y la familia de Phil; y el médico que vivía a solo media cuadra de distancia, y que había pasado muchas horas con él, manteniéndolo con vida.

Hablando humanamente, todavía no parece que Papá fuera prescindible para la obra del reino de Dios aquí, porque los trabajadores capacitados, valiosos y fieles, son pocos. Pero el patriarca Daniel lo vio claramente, justo antes de dejar su pluma por última vez. Hay un período de descanso antes del final de los días, cuando Papá estará junto a los demás en su lugar asignado. El presbítero Paul Hill tocó el mismo centro del gran plan para nosotros, cuando dijo: “El día de la resurrección está en el programa de Dios. Nos volveremos a ver”.

Papá era como un patriarca del Antiguo Testamento. Estableció planes para su pueblo, como Moisés, guiándolos por debajo de la nube y el fuego. Preparó el camino para una nueva y mejor vida, como José. Hubo ocasiones en que se quedó solo, como Daniel, luchando contra la oscuridad. Al igual que Josué, se atrevió a tocar la trompeta de la salvación y la santidad. Construyó el Reino, como David y Salomón. Y con Jeremías e Isaías, literalmente lloró por las almas de su pueblo. Las amaba más que a su propia vida.

India está cambiando. Incluso antes del tiempo de Papá, ya no existía más el satí, tradición en la que las viudas eran obligadas a arrojarse a las piras de sus esposos fallecidos. Los cocodrilos del Ganges no se han alimentado de pequeñas bebés desde principios de siglo. Y las pesadas cadenas de la casta han sido oficialmente eliminadas. Las restricciones que no otorgan visas a los nuevos misioneros evangelistas extranjeros son una señal, para que la iglesia india esté lista para permanecer sola, y difundir el evangelio tal y como lo han recibido.

---

**Papá era como  
un patriarca  
del Antiguo  
Testamento.**

---

No hay un final en esta historia de Tracy Sahib [amigo] de la India. Las páginas dan vuelta, pero la historia no ha terminado. Continuará y continuará, “más clara que el mediodía”, (Job 11:17) a medida que los próximos años se muevan hacia el pasado. Porque la oscuridad ya ha sido rota, y ha irrumpido la mañana de una iglesia establecida en la India; y este pequeño indicio de aurora, iniciado por un pionero misionero, está saltando cada vez más alto, brillando “en aumento hasta que el día es perfecto” (Proverbios 4:18).





# Postludio: Un sacrificio espléndido

“No puedes cruzar el mar quedándote parado y mirando el agua”.

“No oremos para protegernos de los peligros,  
sino para no temer enfrentarlos”.

Rabindranath Tagore

La riqueza de la cultura india, con sus complicaciones y contrastes, está bien ilustrada en los dramáticos escritos y poesía del poeta bengalí Rabindranath Tagore. Fue el primer no europeo en ganar el Premio Nobel de Literatura en 1913. Es en este mundo, donde L. S. Tracy se convirtió en un misionero soltero de 22 años en 1903, solo cinco años después de que el primer equipo nazareno llegara a tierra para sentar las bases iniciales de lo que, esperaban, fuera una iglesia.

Lo que Tracy y los otros enfrentaron, fue un mundo del cual tenían pocas pistas. No habían realizado extensos estudios culturales o programas de posgrado. De hecho, Tracy apenas había terminado la escuela secundaria. Todo lo que sabía, era que tenía una pasión ardiente por llevar la luz del mensaje de Jesús, a un lugar que no lo había escuchado antes. Las vicisitudes de la vida, incluso de la supervivencia, aún no se habían aprendido.

El sacrificio de la salud, el hogar y la familia, no eran nada para una persona con visión, energía y una vocación.

Jesús instruyó a sus discípulos (Marcos 4:31-32, TLA)

“Es como la semilla de mostaza que el campesino siembra en  
la tierra.

A pesar de que es la más pequeña de todas las semillas del mundo,  
cuando crece  
llega a ser la más grande  
de las plantas del huerto”.

¿Podrían Tracy y los otros haber imaginado, que las pequeñas semillas que estaban plantando, brotarían para convertirse en lo que la Iglesia del Nazareno es hoy en la India, y en el sur de Asia? En un momento dado, Tracy pasó siete años sin ver a un solo converso a Cristo; y luego, se convirtió una anciana de la aldea. ¿Cuántos cristianos del siglo XXI tendrían ese tipo de tenacidad perseverante?

Las misiones cristianas protestantes en el sur de Asia fueron “organizadas” en áreas geográficas, un sistema llamado “cortesía”. Este término se adoptó de los acuerdos que se habían alcanzado entre naciones, para promover la noción de un acuerdo voluntario, para mantener la armonía social, basada en valores y asociaciones sociales comunes, y para evitar el proselitismo de los miembros de una denominación con miembros de otra denominación. Así, en la India colonial, los metodistas podrían trabajar en un área; los luteranos, en otra; los presbiterianos, en otra. Con el tiempo, a los nazarenos se les “dieron” tres áreas, todas pequeñas geográficamente. En la década de 1930, estas se consolidaron en un área en la India central, en lo que se convirtió en el estado de Maharashtra, después de la Independencia. Hasta la década de 1970, este sistema prevaleció. Sin embargo, a medida que la demografía cambió, y que muchos de los hijos de conversos se mudaron a las áreas urbanas del país, el sistema se rompió.

Tras las interrupciones de la Segunda Guerra Mundial, y la turbulencia del movimiento por la independencia de la India del gobierno colonial británico, los misioneros supieron que se estaban produciendo grandes cambios. Reconocieron que los cambios demográficos eran inevitables, que muchos jóvenes nazarenos se estaban alejando de la pequeña área rural en la que había existido el trabajo nazareno durante varios años. Esto incluyó algunos pastores, que comenzaron a trabajar aquí y allá de manera independiente. Ya en 1947, a algunos misioneros se les “asignó” abrir un trabajo en Bombay, pero estos esfuerzos no se lograron, debido a que los costos involucrados eran extremadamente altos, y los recursos para el trabajo de la misión durante ese período eran limitados.

Uno de estos esfuerzos que dio fruto, fue la apertura de una pequeña obra en la ciudad de Aurangabad, ubicada a unos 241 kilómetros al noreste de Bombay, por el pastor Luther Manmothe. Esto ocurrió en 1962. Es una iglesia que se estabilizó, y se convirtió en un importante centro de distrito en el estado de Maharashtra.

En 1974, el presbítero Bronell Greer y su esposa, fueron enviados a trabajar en Bombay o en sus alrededores, y de allí se trasladaron al sur de la India, estableciéndose en el área alrededor de Bangalore.<sup>35</sup> Poco después, se le pidió al presbítero John Anderson y a su esposa, que comenzaran a trabajar en el norte de la India, en la ciudad capital de Delhi. En la década de 1990, habiendo logrado el comienzo de la obra en el norte de la India, fueron reasignados al este del país, para abrir una obra en Calcuta. Ahora, los nazarenos tenían trabajo en todos los cuadrantes de la India: norte, sur, este, oeste y centro.

Esto no significa que el trabajo fuera grande o fácil. De hecho, era ser pioneros: lidiar con grandes cambios, en una nación recién liberada del gobierno colonial de Gran Bretaña; con una población

con mayor esperanza de vida, oportunidades educativas, más personas y riqueza. Había problemas legales que resolver, una estrategia que desarrollar, propiedades que comprar y administrar, una claridad teológica que mantener; nuevas dinámicas que afectaron temas, tales como la educación ministerial, ministerios de compasión, discipulado, y definiciones de lo que constituiría una verdadera iglesia nativa, en un entorno muy complicado.

Junto con esto, hubo decretos gubernamentales que no permitían que nuevos misioneros extranjeros ingresaran al país de forma permanente, lo que automáticamente impuso en los líderes indios la responsabilidad de la expansión de la iglesia. En este sentido, se puede decir que el gobierno mejoró de muchas maneras el desarrollo de la iglesia nativa, al reducir su dependencia de fondos o personal extranjeros.

Tracy y los otros, no podrían haber previsto esta evolución de los hechos. Sin embargo, fue sobre su trabajo que se construyeron las piedras de la permanencia. Su mensaje, y su ejemplo, perduraron. No se vieron obstaculizados por la cultura, ni por la falta de recursos, por la muerte o la mala salud. Dios los había llamado. La iglesia los había comisionado. Este fue el trabajo de su vida.

Las estadísticas de hoy son, según cualquier cálculo, impresionantes. Ese distrito, organizado en 1938 por el Superintendente General J. B. Chapman, ha crecido ahora a 15 distritos, que cubren todo el territorio de la India posterior a la partición. Si se agregan Pakistán y Bangladesh (parte de la India previa a la partición) a las estadísticas, se pueden contar 19 distritos o más.

En esos distritos, hay 7,464 iglesias locales, de las cuales 3,335 están en la India de hoy. El total actual de miembros es de 139,087 en la India, y un total de 135,118 en Bangladesh y Pakistán, para un total de 274,205.

Lo que un Colegio Bíblico enseñaba a unos pocos jóvenes rurales en un solo idioma, pasó por un cambio significativo y, a veces, incómodo, a fines de los años noventa. Algunas veces, las decisiones se toman sin una comprensión completa de sus resultados potenciales. Estaba claro que algo tenía que cambiar, para llevar al Colegio Bíblico Nazareno de la India a un papel más efectivo, como proveedor de educación para la India y el sur de Asia. A medida que la iglesia creció, no pudo seguir siendo una escuela pequeña con sede en el campus. En una conversación informal, alrededor de una mesa de centro de vidrio, en el salón de un hotel de Calcuta (ahora Kolkata), cuando era Director Regional, golpeé la mesa con un gesto firme, que hizo que un jarrón de bronce saltara del vidrio, y luego, volviera a sonar en la superficie. Todos los ojos estaban bien abiertos, los presentes estaban sorprendidos de que fuera tan enfático. Se tomó la decisión de llevar el Colegio Bíblico a una etapa de transición, y repensar totalmente el plan de estudios, el desarrollo del cuerpo docente, y los sistemas de entrega, para servir mejor a las áreas en crecimiento. Esa decisión, cambió la escuela para siempre. A veces, en el historial de las misiones, se toman decisiones imprevistas e inesperadas, que producen resultados inesperados. Hoy en día, el Colegio Bíblico Nazareno del Sur de Asia, cuenta con 155 centros de aprendizaje, que enseñan en 19 idiomas principales (se está trabajando para proveer otros cinco idiomas en un futuro próximo) y con una matrícula total de 2,392 estudiantes. En la primera ceremonia de graduación de este nueva

---

**Hoy en día, muchas congregaciones locales de la Iglesia del Nazareno en la India, están recaudando fondos y patrocinando misioneros dentro de las fronteras de sus propias tierras.**

---

escuela descentralizada, se graduaron 66 estudiantes, más de los que se habían graduado en todos los años anteriores de la historia de la institución. Dios ha estado haciendo cosas asombrosas, a través del Colegio Bíblico Nazareno del Sur de Asia. Otros están mirando de cerca el modelo de educación descentralizada, que se enfoca en el desarrollo del cuerpo docente, el desarrollo estudiantil, y el desarrollo institucional, con el propósito de preparar a un mayor número de hombres y mujeres para el ministerio y la misión, a través de la Iglesia del Nazareno.

Pero este no es sólo un juego de números. La influencia del mensaje de Cristo se siente a través de una amplia gama de programas que tratan temas sociales: cuidado de la salud, nutrición, alfabetización, educación, microempresas, ministerios de compasión, desarrollo de literatura, y relaciones fraternales con muchas otras organizaciones y ministerios cristianos.

De hecho, la parábola de la semilla de mostaza, como la enseñó Jesús, se puede probar una y otra vez. Los desafíos de hoy son igual de grandes, o quizás mayores, que en los días de Tracy. Cada nueva comunidad ingresada, cada nuevo idioma o grupo tribal abordado, es una repetición de los principios pioneros que exhibieron estos primeros misioneros. Hoy en día, muchas congregaciones locales de la Iglesia del Nazareno en la India, están recaudando fondos y patrocinando misioneros dentro de las fronteras de sus propias tierras. “Las puertas del infierno no prevalecerán”, es una verdad cotidiana.

El sacrificio espléndido de una vida bien vivida tiene, al final, sus propias recompensas.

R. FRANKLIN COOK

# Una iglesia en crecimiento

**Nota del editor:** Aunque algunas estadísticas se han actualizado en el texto de esta edición revisada, puede resultar útil incluir aquí las estadísticas más recientes asociadas con la India, y cuáles habrían sido las áreas incluidas antes de la partición de 1947.

## Población

En 1947, el Raj británico, el Imperio Indio de Gran Bretaña, se dividió en lo que finalmente se convirtió en tres países: India, Pakistán y Bangladesh.

“La población de la India no dividida en 1947, era de aproximadamente 390 millones. Después de la partición, había 330 millones de personas en la India, 30 millones en Pakistán Occidental, y 30 millones en Pakistán Oriental (ahora Bangladesh)”.<sup>36</sup>

En julio de 2017, *The World Factbook*, enumeró<sup>37</sup> las poblaciones de las áreas del mundo de la siguiente manera:

India	1,281,935,911
Pakistán	204,924,861
Bangladesh	157,826,578
Total	1,644,687,350

Las últimas estadísticas disponibles de la Iglesia del Nazareno de 2017 son, según cualquier cálculo, impresionantes. Ese distrito, organizado en 1938 por el Superintendente General J. B. Chapman, ha

crecido ahora a 15 distritos que cubren todo el territorio de la India posterior a la partición. Si se agregan Pakistán y Bangladesh (parte de la India previa a la partición) a las estadísticas, se pueden contar 19 distritos o más.

En esos distritos, hay 7,464 iglesias locales, de las cuales 3,335 están en la India de hoy. El total actual de miembros es de 139,087 en la India y un total de 135,118 en Bangladesh y Pakistán, para un total de 274,205.

Lo que fue un Colegio Bíblico que enseñaba a unos pocos jóvenes rurales en un solo idioma, es hoy un Colegio Bíblico con 155 centros de extensión, que enseñan en 19 idiomas principales (trabajando para proveer cinco idiomas más en los próximos años), y con un total de 2,392 estudiantes.

En junio de 1938, se estableció el Hospital Memorial Reynolds. El hospital, y sus clínicas afiliadas en Washim, India, es un hospital general con 150 camas. Sirve a la comunidad y sus alrededores.

Fundada en 1958, la Escuela de Capacitación de Enfermeras Nazarenas (NNTC, por sus siglas en inglés), se encuentra en las instalaciones del campus del Hospital Memorial Reynolds. NNTC es una reconocida institución cristiana de aprendizaje, que tiene como objetivo, “preparar a sus estudiantes para el futuro, al enfatizar el desarrollo de conceptos fundamentales de enfermería y la aplicación de habilidades, y capacitar a las estudiantes para que se conviertan en enfermeras calificadas, no solo en India, sino en todo el mundo”.

La inscripción de 2017 de NNTC fue de 245 estudiantes.



## Estadísticas comparativas.

	1947 (fecha de la partición)	2017 (actual)
<b><i>Distritos</i></b>		
India	1	15
Pakistán		1
Bangladesh		3
<b>Total de Distritos</b>	<b>1</b>	<b>19</b>
<b><i>Iglesias</i></b>		
India		3,335
Pakistán		426
Bangladesh		3,703
<b>Total de iglesias</b>		<b>7,664</b>
<b><i>Membresía</i></b>		
India	2,830	139,087
Pakistán		19,370
Bangladesh		115,748
<b>Total de miembros</b>	<b>2,830</b>	<b>274,205</b>



# Manos a la obra

1. L. S. Tracy y sus colegas, encontraron la cultura india de su época a través de sus esfuerzos por llevar el mensaje de Jesús a aquellos que no lo habían escuchado. ¿Puede identificar algunos de los problemas culturales que enfrenta usted en su comunidad, y cómo afectan o influyen en las formas en que la iglesia lleva adelante su misión en el mundo de hoy?
2. Compruebe en Internet el significado de la palabra “colonialismo” o “colonial”. En la época de Tracy, los misioneros en la India y en otros lugares, trabajaban en un ambiente colonial. Tenga en cuenta algunas de las formas en que el ambiente colonial afectó el trabajo de la iglesia recién plantada en la India. Tenga en cuenta cualquier similitud en el entorno actual, que podría afectar a las misiones de hoy.
3. Notará en el texto que, cuando todo lo demás estaba hecho y dicho, Tracy a menudo regresó a su misión y llamado central, que era llevar el mensaje de Jesús y la salvación, a las personas que nunca lo habían escuchado. En el mundo de hoy, ¿cómo podemos, o deberíamos, enfocarnos en nuestra misión central, y llamar a los cristianos a llevar ese mensaje en un entorno cada vez más secular?
4. Considere y discuta con otros, algunas formas prácticas en que la iglesia puede ser, y permanecer, actual y relevante para una sociedad cambiante, con estándares y expectativas diferentes.

5. Los misioneros de la época de Tracy siempre estaban preocupados por la “siguiente generación”, y estaban tratando de encontrar formas de mantener el llamado de Dios como una realidad, o posibilidad, vibrante para los jóvenes. Considere, y discuta con otros, cómo en la iglesia de hoy se puede entender y aplicar mejor el llamado de Dios en la vida de “la siguiente generación”.
6. El lugar de la Palabra de Dios siempre fue importante para impulsar la misión de la iglesia. Identifique y revise cuáles son los versículos clave que deben conocerse y entenderse hoy, y cómo se aplican a una generación consumida en el Internet y en formatos multimedia, como Instagram y Snapchat.
7. Ore por el trabajo de la Iglesia del Nazareno en la India y el sur de Asia, que a menudo se enfrenta a la oposición y a la amenaza de la desviación teológica.
8. Los rasgos que vemos en Tracy, que lo mantuvieron enfocado y determinado en su misión, fueron: la búsqueda fiel de la voluntad de Dios, los tratos honestos y valientes con la iglesia y la sociedad, los esfuerzos incansables para ganar a los perdidos y establecer la iglesia, y, el compromiso de dejar la India mejor de como la encontró. ¿Posee usted tales rasgos? ¿Cómo podría usar estos rasgos para fortalecer a su iglesia y comunidad local?

# Endnotes

- <sup>1</sup> "Tracy Sahib de India", fue el título original que Olive Tracy le dio al libro sobre su padre y su trabajo misionero en India. Sahib es una palabra que proviene del árabe, y significa "amigo".
- <sup>2</sup> "La partición" se refiere al acto desesperado de Gran Bretaña para resolver la violencia comunitaria y religiosa en la India, al dividir la tierra entre áreas predominantemente musulmanas e hindúes, lo que resultó en la división del país en 1947, en lo que son hoy Pakistán y Bangladesh. La migración resultante se considera la más grande de la historia, con millones de personas desarraigadas, y muchas otras, asesinadas.
- <sup>3</sup> Existen varias organizaciones que proporcionan datos demográficos, incluidos los organismos de las Naciones Unidas. Estos números son citas equivalentes de varias fuentes.
- <sup>4</sup> "*Lingua franca*", se define como un idioma que se adopta como una lengua común, entre hablantes cuyos idiomas nativos son diferentes.
- <sup>5</sup> Durante los siglos XIX y principios del XX, era bastante común que los que recibían un llamado de Dios, sintieran un país o área específica de llamamiento. Típicamente, estos eran China, África o India. En estos tiempos (ahora), el llamado de Dios tiende a ser hacia una determinada vocación o conjunto de habilidades, en lugar de a una ubicación geográfica.
- <sup>6</sup> La palabra "pentecostal" se usaba a menudo para identificar a instituciones u organizaciones asociadas con la santidad, u otras expresiones de la "vida dirigida por el Espíritu". De hecho, la Iglesia del Nazareno fue nombrada por primera vez como "La Iglesia Pentecostal del Nazareno". Tiempo después, la palabra "pentecostal" se asoció con el hablar en lenguas o expresiones extáticas, y la Iglesia del Nazareno rechazó esta práctica. La palabra "pentecostal" se eliminó del nombre en 1919.
- <sup>7</sup> Bombay ha sido rebautizada como Mumbai, en el estado de Maharashtra, en el lado occidental del subcontinente.

- <sup>8</sup> "Cascos de corcho grueso" se refiere a lo que se denominó "sombrosos salacot". Se esperaba que los occidentales los usaran como protección, contra la severidad del sol tropical. De ahí proviene la apariencia única en fotografías antiguas de misioneros (o soldados-oficiales británicos).
- <sup>9</sup> En el contexto de la India, este término se usa para referirse a alguien que ayuda a los viajeros con paquetes pesados y equipaje en puertos y estaciones.
- <sup>10</sup> Un tonga es un carro, típicamente cubierto por un dosel, tirado por un solo caballo. Bajo el sistema británico, obtener el correo lo más rápido posible era una prioridad, por lo que solía ser transportado por 'tongas'.
- <sup>11</sup> Aquellos que visitan la India hoy, notarán un intenso tráfico motorizado. Los carros de bueyes se ven principalmente en áreas rurales o remotas del país. Sin embargo, gran parte del peligro que existe en los caminos rurales de la India, se debe a la presencia de carros de bueyes, que compiten por el mismo camino que los camiones de transporte sobrecargados, o vehículos privados que circulan a gran velocidad. Puede ser bastante caótico.
- <sup>12</sup> En el Censo de 2011, la ciudad de Buldhana tenía 67,431 habitantes, aunque el distrito circundante tiene una población de más de 2.5 millones de personas. En la ciudad, los hindúes eran el 59 por ciento, los musulmanes, el 24 por ciento, y los cristianos se categorizaban como "otros".
- <sup>13</sup> Una posada para caravanas, o "caravansario", es una posada en una ruta de caravanas. Una palabra que se usa con más frecuencia en el Medio Oriente, como lugar de descanso en las rutas de las caravanas. O... una casa de huéspedes durante la noche.
- <sup>14</sup> La granja Dhamandari todavía es propiedad de la iglesia, pero ahora está rodeada por la creciente ciudad de Buldhana. En uno de los edificios, se encuentra una próspera congregación local de la Iglesia del Nazareno.
- <sup>15</sup> "Consagrado en la 'Política Misionera', que regía el trabajo de los misioneros durante esta era, nació el concepto de 'misionero menor'. Durante los primeros dos años en una carrera misionera, uno era un 'menor' sin privilegios de voto; no se esperaba que uno hablara. Fue una época de aprendizaje de las culturas, la escucha y la adquisición del lenguaje".

- <sup>16</sup> Este párrafo expresa la misiología, según lo entendido por L. S. Tracy. Sin embargo, refleja la realidad del trabajo misionero pionero, incluso hoy en día. A menudo hay confusión, a veces, caos, un plan estratégico es necesario, y la prioridad es "lo primero es lo primero", y la primera prioridad es el mensaje de Jesús al mundo.
- <sup>17</sup> Es bastante raro que una ordenación sea dirigida por alguien que no sea un Superintendente General en la Iglesia del Nazareno. La ordenación de Tracy fue un evento excepcional. Tales ordenaciones han ocurrido, generalmente, en tiempos de guerra, en lugares donde los riesgos de seguridad son altos, o cuando ha transcurrido demasiado tiempo entre las visitas del Superintendente General.
- <sup>18</sup> En los primeros días del trabajo misionero, a menudo es un evento único, que puede cambiar el curso de la historia. Olive Tracy creía, que fue la curación de su padre de una enfermedad grave, lo que cambió el rumbo.
- <sup>19</sup> La historia de Babaji ilustra una práctica común en las primeras misiones. Después de la conversión, se acostumbraba un período de prueba, durante el cual un converso demostraba un verdadero crecimiento espiritual. El bautismo era muy importante... una declaración pública de un trabajo interno. En la India, el bautismo era, a menudo, acompañado por la entrega pública de los símbolos de la vida anterior a la conversión.
- <sup>20</sup> Una de las tentaciones para una denominación como la Iglesia del Nazareno, es "desconectar" el trabajo difícil, fallido o estancado de las misiones. Sin embargo, perseverar es, a menudo, con el tiempo, el camino hacia resultados extraordinarios. La India de hoy, es una prueba de que la fidelidad en el campo y en la iglesia que envía, puede producir resultados tremendos en el Reino de Dios.
- <sup>21</sup> Bud Robinson fue uno de los primeros evangelistas legendarios en la Iglesia del Nazareno.
- <sup>22</sup> El Dr. H. F. Reynolds fue uno de los primeros fundadores de la Iglesia del Nazareno. Se le acredita el inculcar en la denominación una pasión por el evangelismo mundial y las misiones.
- <sup>23</sup> Ahora deletreado Kolkata, reflejando su pronunciación bengalí original.

- <sup>24</sup> "Tiffin" es un término usado en la India, para referirse a un almuerzo, o a veces té de la tarde, o comida transportada en un contenedor (generalmente, ahora, de acero inoxidable). El término evolucionó desde Inglaterra, y se usa, incluso hoy en día, en una variedad de formas. En Occidente, uno podría pensar en una lonchera o una cesta de picnic.
- <sup>25</sup> Una "linterna mágica" era una versión antigua de un proyector para mostrar diapositivas. La luz fue generada por combustible de queroseno y un espejo. No había electricidad disponible.
- <sup>26</sup> Lota es un recipiente pequeño, típicamente para agua, hecho de latón o cobre.
- <sup>27</sup> Los chapatis son panes planos indios simples, comunes en todas partes del subcontinente.
- <sup>28</sup> Un acompañante, en este contexto, es un objeto que se eleva desde la tierra como una piedra erigida o un tronco, que se creía que era un lugar de presencia y encuentro divinos.
- <sup>29</sup> La historia de la señorita Pearl Simmons puede usarse para ilustrar la vida y la muerte de cientos de misioneros pioneros. Es en su trabajo y sacrificio que se construye la cosecha de hoy. Yacen enterrados en el suelo de las tierras a las que Dios los llamó, pero de su fidelidad brotan muchos frutos.
- <sup>30</sup> Después de la primera gira mundial de las misiones nazarenas del Dr. Reynolds en 1914, se produjo una unión de varios grupos de santidad en los Estados Unidos. En la India, esto significó la creación de un distrito único y más fuerte, en Maharashtra. El presbítero Roy Codding fue nombrado el primer superintendente allí. Su gran deseo era que fuera una "fusión", en lugar de solo una unión.
- <sup>31</sup> Este término se usó para una persona que se consideraba un experto en un tema en particular y, a menudo, era un "tutor" en el idioma. Viene de la palabra hindi 'pandit', del sánscrito 'pandita', que significa: erudito.
- <sup>32</sup> La Escuela de Misiones Kennedy fue, durante muchas décadas, un centro de primer nivel para la formación y el pensamiento en misiones. El Dr. Paul Orjala, misionero pionero en Haití, y fundador del programa de misiones en el Seminario Teológico Nazareno en Kansas City, obtuvo su doctorado en esta escuela y seminario.



- <sup>33</sup> El Presupuesto General ahora se llama Fondo para la Evangelización Mundial. Es un fondo centralizado que apoya el trabajo misionero de la Iglesia del Nazareno.
- <sup>34</sup> *Jawar* es un tipo de grano que se usa a menudo para hacer roti, un pan tradicional de la India.
- <sup>35</sup> Oficialmente, el traslado físico del presbítero Bronell Greer y su esposa al oeste de Maharashtra, y luego al sur de la India, como se mencionó anteriormente, se considera el "parteaguas" que estableció a la denominación nazarena en un curso nuevo y ampliado en el sur de Asia. Nadie, ni siquiera los misioneros de gran visión, podría haber previsto la "explosión" de crecimiento que iba a ocurrir a partir de la década de 1990, y hasta el día de hoy.
- <sup>36</sup> Dhruv Kharabanda. "Caso de aceptación de refugiados en naciones europeas": Página 4. [www.kharabanda.in/3.pdf](http://www.kharabanda.in/3.pdf).
- <sup>37</sup> *The World Factbook* 2018. Washington, DC: Central Intelligence Agency, 2018. [www.cia.gov/library/publications/resources/the-world-factbook](http://www.cia.gov/library/publications/resources/the-world-factbook). Información obtenida de las páginas de Bangladesh, India y Pakistán.